Dom Gaspar Lefebvre OSB

PARA COMPRENDER *la* MISA

Manual de Liturgia

Publicado por



Asociación Litúrgica
MAGNIFICAT
www.unavocechile.org

Abril de 2009

Índice de contenido

PRELIMINARES DE LA SANTA MISA

"Así como la naturaleza humana, dice el Concilio de Trento, no se eleva con facilidad a las meditaciones de las cosas divinas sin algún auxilio exterior, así también nuestra buena Madre la Iglesia, conformándose con la disciplina y la Tradición de los Apóstoles, ha establecido ciertos ritos y empleado ciertas ceremonias: bendiciones, luces, incienso, ornamentos sacerdotales y otros medios para realzar la Majestad del divino Sacrificio y para excitar a los fieles, por estos signos exteriores de religión y de piedad, a levantar su espíritu a la contemplación de los sublimes misterios en ellos escondidos". (*De sacrificio Missæ*, Ses. XXII, XXXIII Canon).

Trataremos, pues, de penetrar el sentido sobrenatural de lo que se dice y se hace en el altar, para participar plenamente en esta Acción Litúrgica, que es el alma de toda Acción Católica, porque la Misa se identifica con el sacrificio del Calvario y es el medio más poderoso que tenemos para dar gloria a Dios y santificar las almas.

PREPARACIÓN EN LA SACRISTÍA

En la sacristía empieza el sacerdote por lavarse las manos y pide mientras tanto "poder servir al Señor con gran pureza de alma y cuerpo".

El agua bendita con la cual los fieles hacen la señal de la cruz entrando en la iglesia tiene un fin análogo.

Después, el celebrante prepara el cáliz, que Optato de Milevo llama "el Portador de la Sangre de Cristo". Coloca en él el purificador, que, como lo indica su nombre, sirve para purificar el cáliz y los dedos del sacerdote, la patena, que se emplea en la "oblación del pan y para la fracción y distribución del cuerpo del Señor" (fórmula de su bendición, consagrada por el Obispo); la Hostia blanca y entera; la palia, trozo de género bendecido, reemplazado en los primitivos tiempos por los bordes del corporal "con los cuales se cubría y envolvía el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo" (fórmula de la bendición del Corporal); el velo de seda y la bolsa que contiene el corporal doblado en nueve cuadraditos iguales y que la Iglesia llama "el nuevo sudario del cuerpo de Jesucristo", de donde deriva el nombre de corporal.

El copón lleno de hostias; las vinajeras, con vino una y agua otra y el lavabo que se usa en el Lavabo de la Misa han sido preparados con anticipación.

El sacerdote se reviste luego con los que el Ceremonial de los Obispos llama "ornamentos sagrados" (I. II, c. 1). Todos fueron bendecidos y tienen un sentido simbólico expresado por la oración rezada por el sacerdote al usarlos. El amito, colocado primero en la cabeza y luego alrededor del cuello, es el "casco de Salvación que ayuda a repeler las tentaciones del demonio"; el alba cubre todo el cuerpo y designa "la inocencia del alma purificada por la sangre del Cordero"; el cíngulo que envuelve la cintura es "una guardia de

la pureza que apaga el ardor de las pasiones"; el manípulo de seda, colocado en el brazo izquierdo y destinado antiguamente para enjugar el sudor de la frente, indica que “por las lágrimas y el dolor se merece la recompensa debida al trabajo"; la estola, de seda también, cruzada en el pecho es una insignia de la potestad del Orden, y simboliza “el vestido de inmortalidad perdido por nuestro primer padre" y que Jesucristo nos devolvió; y, finalmente, la casulla con su abertura para introducir la cabeza como en un yugo, la cual cubre al sacerdote por completo, es el "suave yugo y la carga ligera del Señor", porque este amplio vestido "simboliza la Caridad" (ordenación de los sacerdotes). El bonete reemplaza a la capucha o amito. El roquete del ayudante es una alba corta y, como ella, simboliza la pureza.

Como participantes en la acción del sacerdote, los fieles deben estar penetrados de los mismos sentimientos.

Añadiremos que el trabajo de la aguja o de cualquier otra índole efectuado para el altar, es una participación en la Misa y un medio de obtener las gracias de las cuales ella es el manantial inagotable.

LLEGADA AL ALTAR

El ayudante llevando el misal (si no está ya preparado sobre el altar) y el sacerdote el cáliz se acercan al altar para el santo sacrificio.

En el medio del altar se alza un gran Crucifijo rodeado de varios cirios de honor. El Crucifijo recuerda el Calvario, pues en la Misa la Iglesia predica a "Jesucristo y a Jesucristo crucificado" (I Cor. II, 2) y reitera de un modo incruento la oblación de la Cruz.

"El sacerdocio de Cristo”, dice el Concilio de Trento, “no debía terminar con su muerte. Por eso en la última Cena, en la noche en que fue entregado, dejó a la Iglesia, su

esposa muy amada, un Sacrificio visible como convenía a nuestra naturaleza: sacrificio que representaría el sacrificio cruento que en la cruz iba a cumplirse, que perpetuaría Su recuerdo hasta el fin de los tiempos, aplicándonos su virtud de salvación en remisión de nuestros pecados que cada día cometemos. En el sacrificio divino, que en la misa se realiza, está contenido e inmolado (y por ende ofrecido) de una manera incruenta el mismo Jesucristo, que de un modo cruento se ofreció Él mismo en el ara de la Cruz. Este sacrificio es, por consiguiente, un verdadero sacrificio propiciatorio" (Ses. XXII).

La asistencia a la Santa Misa es la unión a Jesucristo que ofrece a Dios, por el ministerio del Sacerdote, su misma sangre que derramó en la cruz; es la participación del sacrificio del Calvario continuado por el mismo Sumo Pontífice que ofrece la misma y única Víctima cuya oblación solamente es agradable a Dios.

El sacrificio eucarístico y el sacrificio del Gólgota, siendo esencialmente "*unum atque idem sacrificium*" ¿quién no ve la importancia suma de su celebración o de la asistencia a tan grande sacrificio, con la determinada voluntad de participar en sus beneficios lo más posible? "Estamos obligados en reconocer", dice el mismo Concilio, "que los cristianos no pueden hacer nada más santo ni más agradable a Dios que participar en los divinos misterios en los cuales la Víctima vivificadora que nos reconcilia con Dios Padre, se inmola diariamente sobre nuestros altares en manos del sacerdote" (Ses. XXII).

Esta oblación efectuada por Cristo y por la Iglesia sobrepasa infinitamente todos los demás actos del culto, infinitamente todas las acciones, aun las más heroicas de los santos, porque todas esas oraciones, esas virtudes, esos méritos reunidos en uno son limitados, mientras que los méritos del Calvario son infinitos. Si de ella no sacamos el fruto que sería de esperar, la causa se halla en nuestras disposiciones; porque la participación en el Santo Sacrificio está ligada al espíritu de sacrificio. *Sancta Sanctis*: las cosas Santas exigen la santidad, dicen las liturgias orientales en el momento de la Comunión. Y nada asegura más eficazmente estas disposiciones que nuestra unión íntima con el sacerdote, ministro de la

Iglesia.

Llegado al altar, el sacerdote deposita el cáliz sobre el corporal abierto. Luego prepara el misal, colocado en el atril a la derecha. Preparemos también el nuestro antes de la Misa.

PARTES DE LA MISA

Damos a continuación las partes de la Misa según el orden de las mismas. Se divide en dos grandes fases: la Misa de los Catecúmenos (porque los aspirantes al bautismo asistían a ella) y la Misa de los fieles, que es el sacrificio propiamente dicho.

La Misa de los Catecúmenos tiene su origen en el servicio religioso que el pueblo sometido a la ley de Moisés celebraba en las sinagogas. Se entregaba a la oración, a la Lectura y a la explicación de las Sagradas Escrituras y al canto de los Salmos. San Lucas recuerda cómo Jesucristo leyó y explicó en la sinagoga de Nazaret un texto de Isaías. Los Apóstoles continuaron estas reuniones cristianizándolas cuando abandonaron las sinagogas.

La Misa de los fieles es la renovación del banquete, del sacrificio de la Cena, que Jesús sustituyó al del cordero instituido por Moisés 1500 años antes.

I. LA MISA DE LOS CATECUMENOS

1. ANTEMISA: Al pie del altar.

1. SALMO 42: *JUDICA ME*

El celebrante empieza la Misa haciendo la señal de la cruz: *In nomine...* En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Luego reza el Salmo 42: *Judica.* El 4º versículo: *lntroibo ad altare Dei* determinó la elección de dicho Salmo y el mismo sirve de antífona antes y después (altar).

El ayudante, o todo el pueblo si fuera posible, alterna con el Sacerdote. La oración de la Iglesia casi siempre tiene la forma de un diálogo, a fin de que los fieles tengan también participación en ella, cuyo efecto es crear una verdadera unidad entre los fieles.

El Salmo *Judica*, fue compuesto por un levita desterrado de Jerusalén y que anhelaba volver a ella para cantar nuevamente las alabanzas del Señor en el Templo. El Salmista se dirige a Dios, cuyo nombre repite con insistencia (*Deus, Deus meus*) hasta 12 veces; suplica a Dios tome entre sus manos su causa, su situación y lo libre de los hombres malvados e impíos en medio de los cuales vive oprimido.

Pero, ¿por que desalentarse? Dios acudirá en su ayuda y lo restituirá a Jerusalén, entonces podrá subir a la montaña santa en donde se alza el Tabernáculo (*tabernacula*, porque tiene 3 recintos), acercarse al altar de los holocaustos y cantar los salmos acompañando su canto con el arpa. Este contacto con Dios llena su corazón de alegría.

> Antífona.
> *Introibo. ..* Me acercaré al altar de Dios.
> R. Al Dios que es la alegría de mi juventud,

> V. *Judica me*... Hazme justicia, oh Dios, y defiende mi causa contra la gente malvada: líbrame del hombre injusto y engañador.
>
> R. Pues, tú eres, oh Dios, mi fortaleza: ¿por qué me has desechado y por que he de andar triste
>
> y oprimido por mi enemigo?
>
> C. Envíame tu luz y tu verdad: éstas me han de guiar y conducir a tu monte santo, hasta tus tabernáculos.
>
> R. Y me acercaré al altar de Dios: al Dios que es la alegría de mi juventud.
>
> V. Cantaré tus alabanzas al son de la cítara, oh Dios, oh Dios mío: ¿por qué estás triste, alma mía, y por que me traes conturbado?
>
> R. Espera en Dios, porque todavía he de cantarle alabanzas, pues Él es la salud de mi semblante y mi Dios.
>
> V. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
>
> R. Como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.
>
> V. Me acercaré al altar de Dios.
>
> R. Al Dios que es la alegría de mi juventud.

Levantemos también nosotros, los desterrados de la patria, los ojos hacia la montaña santa, hacia el altar, que es un lugar elevado y destinado al sacrificio. Porque, íntimamente unidos al sacerdote, en su persona subiremos las gradas de este altar para acercarnos a Dios, nuestra única esperanza y nuestra salvación.

Asistir a la Santa Misa es elevarnos por encima de las cosas del mundo, renunciando a Satanás, a la compañía de las malvados, al pecado; es unirnos a Dios por Jesucristo, por sus santos y por la práctica de las virtudes. Asistir a la Santa Misa es pues, librarnos del mal que nos acongoja y ponernos en posesión del Bien verdadero, que causa la verdadera y única alegría cristiana.

2. CONFITEOR

El Sacerdote preludia el *Confiteor* con un versículo del salmo 123 que reza santiguándose.

> V. Nuestro auxilio está en el nombre del Señor.
> R. Que hizo el cielo y la tierra.

Para acercarnos a Dios debemos tener un corazón puro. Por eso la iglesia instituyó este sacramental que nos ayuda a adquirir mayor pureza de corazón. En el *Confiteor*, nos acusamos de nuestros pecados, nos excitamos a la contrición y al amor de Dios que nos alcanzan el perdón de nuestras faltas y las borran de nuestra alma. Me refiero a los pecados veniales cuyo perdón puede obtenerse sin el Sacramento de la penitencia. La confesión se hace a Dios con una profunda inclinación porque hemos ofendido a su infinita Majestad por el pecado.

También se hace a la Bienaventurada Virgen María, a los Ángeles (San Miguel, su Jefe), a los Santos (San Juan Bautista, todos los Santos) y a la Iglesia (a vos, Padre, a vosotros, hermanos). Nuestros pecados ofenden, en efecto, a todos los que, como hijos de Dios, participan de sus intereses; tienen una repercusión lamentable en todo el cuerpo místico de Cristo, cuyo desarrollo impedimos cada uno por nuestras faltas.

La Misa es, por excelencia, un acto católico y tiende, como toda la Obra de la Redención, a unir a todos los que participan de la Comunión de los Santos y que son miembros vivos de la Iglesia y de Cristo.

Es, pues, en función del bien general de esta gran entidad viviente, que se ofrece el sacrificio, y ello explica por qué el *Confiteor* es una confesión pública dirigida a la vez a la Iglesia triunfante y a la Iglesia militante, a la primera para implorar el auxilio fraterno y a la segunda para acusarnos humildemente de nuestros pecados: acción colectiva de mayor

estímulo y poderosa ayuda. Los fieles rezan el *Confiteor* después del sacerdote.

> Dios: *Confiteor. . .* Yo, pecador, me confieso a Dios todopoderoso.
>
> Santos: A la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, a San Juan Bautista, a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, a todos los Santos.
>
> Iglesia: Y a vosotros, hermanos, (y a vos, Padre), que mucho pequé con el pensamiento, palabra y obra; por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Los golpes de pecho significan la voluntad de romper, en alguna manera, nuestro corazón que ha cometido el pecado. Este acto, en efecto, indica y contribuye a producir la contrición (palabra derivada de *conterere*: romper). Golpeamos nuestro pecho tres veces, diciendo con compunción: *mea culpa*. La repetición responde a los pecados cometidos por pensamientos, palabras y obras, y designa un superlativo: un grande, un más grande, un máximo dolor.

Luego continuamos en orden inverso, suplicando a los santos y a la Iglesia sean nuestros abogados ante Dios, quien sólo puede borrar nuestros pecados.

> Santos: Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, a San Juan Bautista, a todos los Santos,
>
> Iglesia: y a vosotros, hermanos (y a vos, Padre),
>
> Dios: que roguéis por mí a Dios nuestro Señor.
>
> Ruega el sacerdote por nosotros y hace la señal de la Cruz, pues todo bien nos llega del Calvario.
>
> Oración: El Dios todopoderoso tenga misericordia de vosotros y, perdonados vuestros pecado, os lleve a la vida eterna. Amén.
>
> Absolución: El Señor todopoderoso y misericordioso nos conceda el perdón, la absolución y remisión de nuestros pecados. Amén.

Hagamos también con piedad la señal de la cruz para recordar que el perdón implorado lo alcanzamos por la virtud de la Pasión de Jesucristo.

3. EL SACERDOTE SUBE AL ALTAR

Antes de subir al altar, el celebrante reza dos versículos de los Salmos 84 y 101. Son clamores de gran confianza en Dios.

> V. Oh, Dios, volviéndote a nosotros, nos darás la vida.
>
> R. Y tu pueblo se regocijará en ti.
>
> V. Muéstranos, Señor, tu misericordia.
>
> R. Y danos tu salvación.
>
> V. Escucha, Señor, mi oración.
>
> R. Llegue hasta Ti mi clamor.

Luego Sigue el antiguo saludo de los Hebreos: *Dominus vobiscum* (Ruth II, 4), seguido y continuado por los Apóstoles y especialmente por la liturgia.

> V. El Señor sea con vosotros R. Y con tu espíritu.

Luego el sacerdote, extendiendo las manos, invita a los fieles a la oración, diciendo: *Oremus* y sube al altar recitando una oración del Sacramento Leonino (Siglo V).

> *Aufer a nobis*... Te suplicamos, Señor, que quites de nosotros nuestras iniquidades, para que merezcamos entrar con la conciencia pura en el lugar santísimo de tu templo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

El altar cristiano merece con más razón el titulo de Santo de los Santos que el recinto misterioso del Tabernáculo de Moisés o de Jerusalén, donde Dios daba sus oráculos en el propiciatorio entre los Querubines. El altar, en efecto, perpetúa en el transcurso de los siglos la mesa del Jueves Santo y la Cruz del Viernes Santo, porque Jesucristo, nuestra Víctima propiciatoria, presente en cada sacrificio bajo las especies de pan y vino, ofrece a Dios su Calvario, es decir, su sacrificio. También es el altar el Santo de los Santos, porque Jesucristo que desciende en él, es el divino Resucitado cuyo cuerpo goza de las prerrogativas de la

espiritualidad, escapando en algún modo a las leyes del espacio, estando simultáneamente en la Hostia, en el cáliz y en el cielo, verdadero Santo de los Santos. Pero sobre todo es el altar el Santo de los Santos, porque el magno milagro de la consagración nos asegura de un modo infalible la presencia de Aquel en quien Dios habita personalmente, es decir, la presencia del Hijo de Dios, inseparable del Padre y del Espíritu Santo. El altar es, pues, en verdad, el *Tabernaculum Dei cum hominibus*.

Tal es el primer motivo por el cual el sacerdote se acerca a él y lo besa con sumo respeto y amor; pero existe un segundo motivo: el altar contiene reliquias de algún santo, como lo afirma la oración que acompaña esta acción:

> *Oramus te...* Rogámoste, Señor, por los méritos de tus Santos, cuyas reliquias yacen aquí (besa el altar), y por los de todos los Santos, que te dignes perdonarme todos mis pecados. Amén.

En esta oración, como en la precedente, se pide la limpieza del corazón; pero en ella, como en el *Confiteor* y en otras Oraciones de la Misa, se invoca la intercesión de los Santos, porque ellos son los amigos de Dios a quienes Él escucha complacido. El sacerdote invoca especialmente a los santos cuyas preciosas reliquias fueron depositadas en el altar, al ser consagrado por el Obispo.

"Los Santos, cuyas reliquias están aquí presentes, nos conceden siempre el auxilio de sus poderosos méritos", decía el Obispo sellando la piedra que encierra sus reliquias. Y antes de esta ceremonia, el coro había cantado la antífona: "Vuestra morada será debajo del altar de Dios, Santos del Señor, interceded por nosotros ante Jesucristo, nuestro Señor". Alusión evidente al texto del Apocalipsis en que San Juan dice: "Vi debajo del altar a las almas de aquellos que fueron muertos por la palabra de Dios y por ratificar su testimonio" (Apoc. VI, 9).

Tratase aquí de los mártires que derramaron su sangre para defender el Evangelio y cuyo sacrificio fue unido al del gran Mártir del Gólgota. Por eso que se los representa cerca

del altar del cielo, que es el mismo Jesucristo.

En el cielo, el sumo Sacerdote Jesucristo está en su gloria, en el altar se esconde en la Hostia; allí, las almas de los Mártires están cerca del altar, que es el mismo Jesucristo; aquí poseemos sus cuerpos en el altar, que simboliza a Jesucristo. El culto tributado a Dios en nuestras iglesias se identifica, pues, con el culto que los elegidos le tributan en los atrios celestiales.

2. ORACIONES Y LECTURAS

Descripción de la Santa Misa en el siglo II

Antes de continuar la explicación dogmática y moral de la Misa, importa, para comprender bien lo que luego describiremos, recordar el modo como se efectuaban las asambleas de los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia. Nos bastará para ello citar al gran apologista y mártir del siglo II, San Justino, que nos hace una descripción muy fiel de la Misa del Domingo en su Primera Apología dirigida a Antonino Pío (138-161).

El orden primitivo ha quedado esencialmente el mismo desde hace diecinueve siglos.

> “a) El día llamado de sol (domingo) todos los habitantes de la ciudad o de la campaña se reunían en un mismo lugar.
>
> b) Allí se leían las memorias de los Apóstoles y los escritos de los Profetas, según la oportunidad. (Lectura de las Sagradas Escrituras: Epístolas, Evangelios).
>
> c) Terminada la lectura, el presidente hacía uso de la palabra para instruir y exhortar a la imitación de tan hermosas enseñanzas. (Homilía, Sermón, predicación).
>
> d) Luego todos su levantaban y rezaban en junto en voz alta (oraciones del Viernes Santo),
>
> e) Terminada la oración, se llevaba al altar el pan, el vino y el agua; el que presidía elevaba hacia el cielo acciones de gracias. Todo el pueblo respondía por aclamación: Amén. (Ofertorio, Consagración).

> f) Luego tenía lugar la distribución y repartición de los manjares eucarísticos. Cada uno recibía su parte; también la recibían los ausentes por el ministerio de los diáconos. (Comunión).
>
> g) Aquellos que vivían en la abundancia y querían hacer limosna, daban libremente cada uno lo que buenamente querían; lo recolectado se remitía al presidente, que lo distribuía a los huérfanos, a las viudas, a los enfermos, a los indigentes, a los prisioneros, a los huéspedes extranjeros, en una palabra, a todos los necesitados (colecta, derechos del Culto, limosnas).
>
> h) Nos reunimos en el día del sol todo el día, porque es el primer día en el cual Dios, sacando la materia de las tinieblas, creó el mundo; y porque en este mismo día, Jesucristo nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos". (El domingo cristiano sustituye al sábado judío).

Es la Misa de los Domingos un ejercicio oficial de los poderes de Magisterio y del Ministerio que Cristo ha confiado a su Iglesia, encargándola de continuar su misión de evangelizar y de santificar durante todo el curso de los tiempos. También aquí hallamos las dos grandes divisiones de la Misa: la de los Catecúmenos y la de los Fieles.

4. INTROITO

Las oraciones recitadas por el sacerdote al pie del altar son oraciones preparatorias que constituyen la primera parte de la Misa de los Catecúmenos. La 2ª parte comienza con el Introito; como lo indica su nombre, es un canto de entrada, de ingreso, originariamente destinado a ocupar a los fieles mientras el Pontífice salía de la Sacristía y entraba en el santuario.

Este canto fue introducido en la liturgia romana en el siglo IV. Aún en nuestros días el Coro lo canta mientras el sacerdote llega al pie del altar y reza con sus asistentes el *Judica* y el *Confiteor*. Tan sólo después subirá al altar, y durante el canto del *Kyrie*, lee el sacerdote el Introito, costumbre proveniente de la Misa rezada en la cual lo lee en aquel momento haciendo la señal de la Cruz. Casi siempre el Introito es un Salmo con una Antífona sacada del mismo salmo. La antífona se repetía como coro después de cada versículo hasta tanto

llegara el sacerdote al altar. Actualmente se compone solamente de una antífona, de un versículo, del Gloria y nuevamente de la antífona.

El Introito es el primer elemento de la Misa que varía con el Calendario. Infunde, pues, a los fieles el espíritu de la fiesta que se celebra.

5. KYRIE

A continuación del Introito sigue una letanía (palabra derivada del griego y que significa súplica) que alterna el sacerdote en la Misa rezada con el ayudante o el pueblo. El mismo Kyrie se halla también al principio y al fin de las Letanías de los Santos. Sabido es que el Sábado Santo y Sábado vigilia de Pentecostés, se cantan las Letanías de los Santos en dicho momento.

Kyrie eleison, dos palabras griegas cuyo Significado es: Señor, tened piedad de nosotros, que se traducirán en latín por: *Domine, miserere.*

Exclamación muy frecuente en la Sagrada Escritura. En el Antiguo testamento, David la emplea (PS. IV, 2; VI, 3; IX, 14; XXV, 11; L. 3; Is. XXXIII, 2; Tob. VIII, 10; etc,). El Evangelio a su vez muestra que era una fórmula muy popular: "En la orilla del camino de Jericó, en donde caminaba Jesús, Bartimeo el ciego exclamó: Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí. Y como el pueblo le imponía silencio con amenazas, él alzaba mucho el grito: Hijo de David, ten piedad de mí. Díjole Jesús: Vete, tu fe te ha salvado. Y de repente vio". (Mc. X, 46-52).

“Habiendo ido Jesús hacia las regiones de Tiro y de Sidón, una mujer cananea se le acercó y empezó a dar voces diciendo: Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David, mi hija es cruelmente atormentada del demonio... ¡Oh, mujer!, contestóle Jesús, grande es tu fe, hágase conforme tú lo deseas. Y en la hora misma su hija quedó curada" (Mt. XV, 21-28).

"Y estando Jesús para entrar en una población, le salieron al encuentro diez leprosos,

los cuales se detuvieron a lo lejos y levantando la voz dijeron: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Díjoles: Id, mostraos a los sacerdotes. Y según iban, quedaron curados" (Lc. XVII, 12-14).

La Iglesia de Antioquía fue la primera en emplear esta fórmula como contestación a las oraciones que dirigía a Dios el diácono bajo la forma de letanía para preludiar la Misa de los Catecúmenos.

Estas letanías se divulgaron luego en todo el Oriente, especialmente en Jerusalén, en Bizancip y penetraron después en Roma, Milán, y en todo el Occidente. "Como la suave y saludable costumbre de repetir muchas veces el *Kyrie eleison* con gran devoción y compunción, fue introducida en la sede Apostólica y en todas las provincias de Oriente, dice el segundo Concilio de Vaison, presidido por San Cesáreo de Arlés (Provenza) en 529, Nos, ordenamos también esta piadosa práctica en todas nuestras iglesias, durante la Misa". (Mansi, VIII).

He aquí a continuación una parte de la letanías de la liturgia bizantina:

> El Diácono: Para alcanzar la paz de lo alto y por la salvación de nuestras almas, roguemos al Señor.
>
> El Coro: *Kyrie eleison*.
>
> El Diácono: Por nuestro Obispo N., por el venerable Orden sacerdotal, por los diáconos de Cristo y por el pueblo, roguemos al Señor.
>
> El Coro: *Kyrie eleison*.
>
> El Diácono: Por esta santa morada, por toda la ciudad, por esta región y por los fieles que en ella habitan.
>
> El Coro: *Kyrie eleison*.

San Gregorio, Papa a fines del siglo VI, explica cómo en Roma, en donde habíase introducido el *Kyrie* a principios del mismo siglo, se suprimió las peticiones "en las Misas cotidianas, para que podamos más detenidamente insistir en las palabras de súplica *Kyrie eleison*" (Carta IX a Juan de Siracusa).

Supresión que pasó luego en práctica común. También advierte que en Roma, se decía: *Christe eleison*, no practicado por los griegos.

El número de invocaciones fue reducido a nueve, como oración trinitaria:

> A Dios Padre. — V. Señor, ten piedad (3 veces alternando)
> A Dios Hijo. — R. Cristo, ten piedad (3 veces alternando)
> A Dios Espíritu Santo. — V. Señor, ten piedad (3 veces alternando).

6. GLORIA IN EXCELSIS

Cuando se reza el *Te Deum* en el oficio de Maitines, y en las Misas festivas y en las votivas de 1ª, 2ª y 3ª clase y en las votivas de 4ª clase de los Santos Ángeles y en las Misas de Santa María, los Sábados; el sacerdote dice el Gloria en la Misa; es un himno o canto de alabanza a Dios, de origen griego como el *Kyrie*.

San Pablo, escribiendo a los Efesios, les decía: "Llenaos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones" (Eph. V, 18-19).

Y Fortescue hace notar "que los cristianos de los primeros siglos empezaron a componer los textos destinados al canto sobre el modelo del único manual de himnos conocido, es decir, el Salterio. Estos salmos llamados privados, para distinguirlos de los canónicos, eran compuestos de versículos cortos, como el Salterio. Tal es el *Te Deum*, el Símbolo de San Atanasio, finalmente el más conocido y el más hermoso, el *Gloria in excelsis*". (La Misa, p. 317).

En la colección Constituciones Apostólicas (VII, 47), de fines del Siglo IV, este himno se dirige al Padre: "Os adoramos por intermedio de vuestro Sumo Pontífice... para rendiros gloria... Señor Dios, Padre de Jesucristo, el Cordero inmolado que borra los pecados del mundo, recibid nuestra adoración, Vos, cuyo trono descansa sobre los Querubines, porque

Tú solo sois santo, etc...".

Después de los Concilios de Nicea (325) y de Constantinopla (381), que declararon, contra la herejía, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo, este himno fue modificado y se convirtió en la gran doxología trinitaria. A las alabanzas tributadas al Padre, viene a continuación las dirigidas a Cristo

que comparte con el Espíritu Santo la gloria del Padre. En efecto, la fórmula "*sedet ad dexteram Patris*" significa que la humanidad de Jesucristo está unida a la divinidad en la Persona del Verbo desde el primer momento de la Encarnación y que es glorificada en el cielo desde su Ascensión.

Bajo esta forma renovada, Roma introdujo el Gloria en la Misa; primero en la primera Misa de Navidad, ya que el himno Gloria es la paráfrasis hecha por la Iglesia del cántico de los Ángeles al nacimiento de Jesús:

> Gloria a Dios, Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.
>
> 1) Padre — Alabámoste. Bendecímoste.
>
> Adorámoste. Glorificámoste.
>
> Gracias te damos por tu grande gloria.
>
> Oh Señor Dios, Rey celestial, Padre omnipotente.
>
> 2) Hijo — Oh Señor, Hijo Unigénito, Jesucristo. Oh Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre.
>
> Tú que quitas los pecados del mundo, compadécete de nosotros.
>
> Tú que quitas los pecados del mundo, recibe nuestras súplicas.
>
> Tú que estás sentado a la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros.
>
> Porque Tú solo eres Santo, Tú solo, Señor, Tú Solo Altísimo, Jesucristo.
>
> 3) Espíritu Santo — Con el Espíritu Santo en la gloria de
>
> Dios Padre. Amén.

La gloria del Dios de los cielos está asegurada desde la venida de la paz mesiánica en la persona de Jesucristo por quien se derrama en todos los hombres solícitos de esta gloria y de esta paz. La gloria se define "*notitia cum laudo*". Dios es glorificado en la medida en que es conocido y este conocimiento se expresa por la alabanza; la alabanza emana del conocimiento y lo acrecienta en nosotros y en los que oyen proclamar las grandezas divinas. El objeto de este Conocimiento y de esta alabanza glorificantes, es la omnipotencia que Dios Padre muestra en la obra de los misterios de nuestra Redención. El objeto de nuestras glorificaciones es, pues, también el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo y escucha nuestras preces ya que reina gloriosamente en los cielos con el Padre y el Espíritu Santo.

7. ORACIÓN

La oración cristiana hecha en común en el altar reviste tres formas: la oración litánica, el *Kyrie*; la oración colectiva, la Colecta, la Secreta y la Postcomunión; la oración eucarística en cuyo transcurso se hace la Consagración. La oración que sigue al *Kyrie* o el Gloria se llama *Oratio ad Collectam* porque era recitada por una muchedumbre reunida (*colectam*) en una iglesia, punto de partida de la procesión hacia el lugar donde se celebraba la Misa estacional en Roma. Esta oración *ad collectam* era, por regla general, repetida al llegar a la iglesia estacional.

Es el motivo por el cual se la llama colectiva o bien Oración Colecta. El rito romano comienza, pues, la Misa de los Catecúmenos, como la liturgia de Antioquía, por una letanía y un himno seguidos de una oración.

Ante de la colecta el celebrante dirige al pueblo el muy bien apellidado saludo cristiano: V. *Dominus vobiscum*: El Señor sea con vosotros, y con tu espíritu.

Después el celebrante invita a la asamblea a orar: *Oremus.* En ciertos dáas, el diácono

avisaba a los asistentes de arrodillarse: *Flectamns genua*, como se hace todavía el Viernes Santo, en las Témporas, etc. Y la asamblea oraba en silencio hasta el *Levate*. Luego el sacerdote recogía los votos de toda la asamblea en una oración única que verdaderamente era la "colección", la colecta de todos los corazones. Es otro motivo por el cual se dio este nombre a la citada oración. De hecho en todas las misas, la Colecta resume los sentimientos de la asamblea toda; el sacerdote la reza en voz alta para fusionar todas las Súplicas en una sola, que es la de la Iglesia.

La oración letánica, mucho más larga antaño, era dirigida por el diácono; al sacerdote le pertenecían sobre todo las oraciones colectiva y eucarística. Los fieles participan en estas tres oraciones respondiendo a la conclusión. Las Colectas son por consiguiente oraciones sacerdotales. En su mayor número se hallan en los Sacramentarios Leoniano, Gelasiano y Gregoriano (VI al VIII siglo), que eran los manuscritos que usaba antiguamente el sacerdote en el altar. Decía Celestino V hablando de estos manuscritos: "Estas observancias sacerdotales son celebradas uniformemente en toda la Iglesia Católica, de tal manera que la regla de oración se convierte en regla de fe: *legem credendi statuat lex supplicandi*". (Epist. ad Episc. Galliae Nº 21).

Estas oraciones muy antiguas son, en efecto, uno de los vehículos de la Tradición cristiana. Su ritmo armonioso, llamado *cursus*, su simplicidad, su vigor, su exactitud y su variedad dan a su dinamismo dogmático y moral una penetración semejante a la de los Salmos y Cánticos inspirados. El por qué las Colectas tienen un valor sin igual, proviene de su carácter de oración oficial de la Iglesia, es decir, la oración de la Iglesia Católica: El Papa, los Obispos y en su nombre todos los sacerdotes, las dirigen a Dios en cuanto son los representantes auténticos de Cristo, que es nuestro Abogado ante Dios en los cielos.

Es oración pública, ya que emana de una sociedad visible; pero también es oración interna particular y más intensa que otra cualesquiera, porque, en el sentido completo de su nombre, es la oración de todo el cuerpo místico de Cristo: del jefe y de los miembros.

Oración una, santa, católica, apostólica, romana, la reza la Iglesia de la tierra dependiente enteramente del "gran Pontífice que posee un sacerdocio eterno (y que por tanto no tiene ni sustituto ni sucesor), y que puede ciertamente salvar a los que se acercan a Dios por su intermedio, como que está siempre vivo para interceder por nosotros". (Hebr. VII, 24, 25).

"Todo cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo concederá" (Io. XVI, 23), dijo Jesús en la última Cena, y la Iglesia Apostólica, fiel al mandato del Maestro, se dirige al Padre "*Per Dominum nostrum Jesum Christum*". Diciendo ‘‘Amén" los fieles, ponen su sello y su firma a la petición hecha en su favor por la Iglesia y por Jesucristo.

8. EPÍSTOLA

La Epístola sigue a la Oración o Colecta; esto nos recuerda un texto de San Justino que manifiesta cómo la Misa dominical en Roma, en el siglo II, comenzaba por las Lecturas de las Memorias de los Apóstoles y de los Profetas.

En su descripción, sin embargo, las oraciones siguen la homilía y el gran Apologista nos da la razón en ello: "Decimos la Oración (el Viernes Santo se dice aún en dicho momento) para que seamos considerados como gente de buen vivir, nosotros que conocemos la verdad, y fieles a los preceptos recibidos para obrar nuestra eterna salvación" (Apolog. LXV, 1). Las lecturas y las prédicas recordaban a los cristianos sus obligaciones; luego pedían a Dios la gracia de ponerlas en práctica.

Pero la Iglesia abandonó estas oraciones, ya sea porque, a partir del siglo V, análogas peticiones fueron introducidas en la Oración eucarística (*Te igitur*, p. ej.), ya porque la Colecta adoptada más tarde las sustituyó. En sus reuniones del Sábado, efectuadas en las sinagogas, los judíos leían el Antiguo Testamento en un ciclo de tres años. El sábado era el día que les recordaba el descanso del Señor después de la creación y que figuraba la felicidad eterna, la cual consiste esencialmente en la visión de Dios. Preludiaban en algún

modo la divina bienaventuranza en este día de descanso con la contemplación y fruición de las verdades divinas contenidas en las Escrituras y reveladas por el Espíritu Santo a Moisés y a los Videntes de Israel. Los justos de la Ley Antigua fueron, como nosotros, salvados por su fe en un solo Dios, y en Jesús que había de venir a la tierra como redentor nuestro; la conservaban especialmente por la lectura de la Ley Mosaica y de las Profecías concernientes a la venida de Cristo y de su reinado.

Los primeros cristianos imitaron en sus reuniones dominicales lo que hacían los judíos en sus reuniones del Sábado; pero añadieron a la lectura del Antiguo Testamento la del Nuevo. "La Iglesia de Roma, dice Tertuliano, une la Ley y los Profetas a los escritos de los Apóstoles y Evangelistas para alimentar nuestra fe" (De Præseriptionibus).

En Milán, en los tiempos de San Ambrosio, tres eran las lecturas que se efectuaban en la Misa: la lección Profética (Antiguo Testamento), la lección Apostólica (Epístola), la lección Evangélica (Evangelio). Igualmente señala San Agustín "el Profeta, el Apóstol y el Evangelista" (In Psal., 118).

Poco a poco la lectura Profética cayó en desuso y no quedaron más que la Epístola y el Evangelio; pero con el nombre de Epístola se da, en ciertos días, lectura del Antiguo Testamento. La organización de las Epístolas del Misal romano remonta a la época de San Gregorio (604). En las fiestas de Pascua, Navidad, Ascensión, Pentecostés, durante la Cuaresma y el Adviento, fueron elegidas conformes con el objeto o el espíritu de dichas fiestas o tiempos litúrgicos. En cuanto a las demás fiestas del ciclo temporal, el principio de la *Lectio continua* ha sido adoptado y aplicado para el Breviario. Desde el Domingo *in Albis* hasta Pentecostés, después de Pentecostés hasta la fiesta de San Pedro y San Pablo, se leen las Epístolas católicas. Luego suceden las Epístolas de San Pablo en el orden dado por la Vulgata: a los Romanos, a los Corintios, a los Gálatas, a los Efesios, a los Filipenses, a los Colosenses, que también se leen después de la Epifanía. Para las fiestas de los santos, las Epístolas se sacan ya sea del Antiguo Testamento, ya del nuevo Testamento según que

glorifiquen las virtudes practicadas por los héroes de la fe.

Estas lecturas nos señalan la fuente de donde hemos de sacar el agua viva que salta hasta la vida eterna. Solícita de la salvación de nuestras almas cuya responsabilidad tiene ante Dios, la Iglesia nos hace oír la misma palabra de Dios, porque atentos a la lectura de las Epístolas, aprendemos por boca de Moisés, de los Profetas y de los Apóstoles las verdades sobrenaturales que el Espíritu Santo o el Hijo de Dios han revelado. "Moisés, los Profetas, los Apóstoles y los Evangelios", dice San Cirilo de Alejandría, "son para nosotros los manantiales de salvación, porque nos comunican la palabra de Dios" (Contra Juliano, I, VIII).

9. GRADUAL — ALLELUIA — TRACTO

Después de la lectura de la ley y antes de la de los Profetas, los judíos contaban unos Salmos en sus reuniones. La Iglesia hace otro tanto e intercala el Gradual (es decir, salmos que se cantaban en el ambón, pequeña cátedra instalada en las iglesias primitivas) entre la Epístola y el Evangelio. El Gradual se compone de dos Salmos distintos.

El primero es propiamente el Gradual y se cantaba antaño después de la lección profética, ahora suprimida. El segundo es llamado *Alleluia* porque es precedido por la exclamación hebraica "load al Señor" empleado en las sinagogas y oído por San Juan en el cielo (Apoc. XIX, 1).

Los Salmos que alternan con las lecturas favorecen la penetración de la doctrina en los corazones por el canto y la oración. Dios habla a su pueblo, el cual escucha en silencio su palabra, y el pueblo, a su vez, iluminado y movido por la verdad divina, se dirige a Dios: "¡Con qué ímpetus me elevaban hasta Vos los salmos, y con qué ardores me inflamaban!" (Conf. 4).

Las Escrituras, de las cuales los salmos son el resumen, se convierten así en un himno

de gloria: *Clara notitia cum laude*. "Los Salmos", dice San Dionisio, "encierran, a modo de alabanza, todo lo contenido en la Sagrada Escritura" (Hieron, eccl. C. 3).

La trascendencia que posee el salterio proviene de su carácter de libro del Canon de las Sagradas Escrituras. "David ha sido la cítara del Espíritu Santo", dice Hesiquio de Jerusalén (Quæst. 28). "Es bajo la inspiración del Espíritu Santo como Asaph compuso los Salmos a él atribuidos", dice Eusebio de Cesarea (Dem. ev. LX). "Los Salmos fueron escritos bajo la inspiración del Espíritu divino y le pertenecen", dice San Efrén (Necros. can. 7).

Como todo el Antiguo Testamento, los Salmos anuncian la Alianza nueva. Al cantarlos Israel, expresaba a la vez la figura y la realidad. "Era necesario, dice Jesucristo, que se cumpliesen todas las cosas que fueron escritas de mí en la Ley, en los Salmos y en los Profetas" (Io. V. 46).

Jesucristo alabó todos los salmos en las sinagogas; los Apóstoles le imitaron y San Pablo pudo escribir a los Efesios: "Hablad entre vosotros con salmos" (V. 19). En el mundo entero, todos los días en el altar, y durante el día los sacerdotes rezan los salmos. Expresan así la figura y la realidad del reino de los cielos, porque la Iglesia militante, anunciando este reinado aquí en la tierra, simboliza y pregona su perfecta realización en el cielo. Así, pues, el salterio, cuyo objeto es el reinado de Cristo, es por excelencia la oración de todos aquellos que componen dicho reinado. Motivo es éste por el cual el Espíritu Santo que anima todo el cuerpo místico de Cristo ha inspirado los Salmos como fórmulas de la oración de la Cabeza y de los miembros.

"El hombre que habla en los Salmos, dice San Agustín, está presente en todas partes. Su Cabeza está en los cielos; su voz, que en los salmos canta, gime, suspira o prorrumpe en cantos de alegría, la debemos reconocer en la nuestra propia. Cada uno permanezca en el cuerpo de Cristo y será Cristo quien hablará por él. .. Su voz es la nuestra, y nuestra voz es la suya" (In psal. 62).

10. MUNDA COR

Tuvo Isaías una visión en la cual vio al Hijo de Dios en todo el esplendor de su majestad, rodeado por los Serafines que cantaban el *Sanctus*. El profeta, agobiado bajo el peso de aquella inmensa gloria, comprendió que no era suficientemente puro para hablar de un Dios tan Santo. Entonces un Ángel lo purificó con el fuego del altar e Isaías pudo pronunciar dignamente los oráculos divinos ante el pueblo de Dios.

El sacerdote, antes de anunciar el Evangelio, que es la palabra del hijo de Dios y el resplandor de su gloria, siente el mismo temor y pide a Dios: *Munda cor*... Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios todopoderoso, que purificaste los labios del profeta Isaías con un carbón encendido: dígnate por tu graciosa misericordia purificarme a mí de tal manera que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

11. EVANGELIO

El Evangelio es el punto culminante de la Misa de los Catecúmenos, porque la revelación de los misterios del Reino de Dios es tanto más luminosa cuanto no es ya el Profeta ni el Apóstol, sino Aquel que los inspiró e instruyó, es decir, el Hijo de Dios, quien nos habla.

> “En otro tiempo”, dice San Pablo, “habló Dios a nuestros Padres (Patriarcas, Moisés, David, Profetas) en diferentes ocasiones (por fragmentos), y de muchas maneras (sueños, visiones, etc.), nos ha hablado últimamente en estos días (época mesiánica), por medio de su Hijo (el Verbo encarnado), el resplandor de su gloria” (Hebr. I, 1).

Desde toda eternidad el Padre se habla a Sí mismo por su palabra interior, que es el Verbo, todo cuanto en Sí mismo es y todo cuanto puede crear *ad extra*. El Verbo, engendrado espiritualmente por el Padre, es el Hijo de Dios o el Pensamiento infinito por el cual Dios se conoce perfectamente. Este Verbo se encarnó y durante toda su vida nos reveló por sus ejemplos, sus predicaciones y sus milagros los secretos divinos que le enseñó el Padre desde

la eternidad y que su alma humana contempla en la visión cara a cara que tuvo de Dios desde el primer instante de su creación.

Lleno está el Evangelio de afirmaciones de este género: “Hablo lo que el Padre me ha enseñado... Si perseveráis en mi palabra, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres... Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios... Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios... Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz... Ya no os llamaré siervos, sino mis amigos, porque todo lo que he aprendido de mi Padre, os lo he dado a conocer... Padre, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a Ti, pues que le has dado poder sobre todos los hombres para que dé la vida eterna a todos los que le has dado. Y la vida eterna consiste en conocerte a Ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tu enviaste”. (Io. *passim.).*

La Iglesia lee el Evangelio que narra la doctrina y la vida de Jesucristo para hacernos participar en la vida eterna que Él mismo posee como Dios, de la cual participa en su plenitud como Hombre: luego nos da la Eucaristía que contiene al mismo Jesucristo, queriendo por este doble medio desarrollar en nuestras almas la fe y el amor por los cuales nos unimos más y más a Aquel que, en el cielo y en la Hostia, ve a Dios cara a cara y que ha dicho: "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo haya querido revelarlo". (Mt. XI, 27).

“No perdamos ni una sola palabra del Santo Evangelio”, explica Orígenes, “porque si, al participar en la Eucaristía, tenéis gran cuidado y con razón de que no caiga ni la más mínima partícula, ¿por qué no creeréis que sería un mal descuidar una sola palabra de Jesucristo?” (Hom. XIII, *In exod. Sanctis myster.*)

Cuando oímos el santo Evangelio que nos da a conocer los pensamientos divinos de Cristo, se establece entre Él y nosotros un contacto espiritual, y somos como los hijos de la familia alrededor de la mesa del Señor donde comemos el “pan de vida” (Io. VI, 37). Nos preparamos así a la recepción del pan eucarístico donde nos es dada la vida divina en su

mayor abundancia. He aquí por qué, después del augusto Sacramento del altar, nada hay más precioso que el "*verbum vitæ*" encerrado en el Evangelio.

Como para las Epístolas, la Iglesia determina los Evangelios correspondientes a las grandes fiestas, a los tiempos litúrgicos y a las fiestas de cada uno de los Santos. Además para el ciclo temporal, lee el Evangelio de San Juan de Pascua e Pentecostés; el principio del Evangelio de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas, de la Epifanía a la Septuagésima; y el final de estos mismos Sinópticos, de Pentecostés al Adviento. Las Epístolas terminan con la exclamación: *Deo gratias*: y los Evangelios con el grito de admiración: *Laus tibi, Christe*: alabanzas te sean dadas, ¡oh Cristo!

12. CREDO

Después de la Epístola, canta la Iglesia los Salmos; después del Evangelio, canta el Credo, que es un desarrollo del Símbolo de los Apóstoles. Nuevamente es la *notitia cum laude* o la alabanza de Aquel que nos dio a conocer su trascendencia.

"No se deduce el sentido de las Escrituras de una interpretación particular", dice el Príncipe de los Apóstoles (II Pet. I, 20). Los libros santos que contienen la palabra de Dios, han menester ser explicados por la Iglesia a quien el Espíritu Santo asegura el Magisterio infalible, Magisterio ejercido por la Iglesia

Universal por medio de los concilios ecuménicos. Por eso, en la Misa, que es una de las formas de Magisterio ordinario, la Iglesia reza el Credo en el cual los concilios de Nicea (325) y de Constantinopla (381) han resumido en algunas fórmulas sacadas de las Escrituras o de otros documentos provistos por la Tradición oral o escrita el misterio de la Santísima Trinidad, el de la Salvación de los hombres por el Verbo encarnado y por la Iglesia.

> *Credo in unum DEUM*... Creo en un solo Dios.
> *PATREM* - Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todas las

> cosas visibles e invisibles.
>
> *FILIUM* - Y en un Solo Señor, Jesucristo. Hijo unigénito de Dios. Y nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios,.Engendrado, no hecho, consubstancial con el Padre: por quien todas las cosas han sido hechas. Que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó de los cielos. Y tomó carne de la Virgen María por obra del Espíritu Santo: Y se hizo hombre. Crucificado también por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, y fue sepultado. Y resucitó al tercer día, según las Escrituras. Y subió al cielo: está sentado a la diestra del Padre. Y otra vez ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos: y su reino no tendrá fin.
>
> *SPIRITUM* - Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador. Que del Padre y del Hijo procede. Que con
>
> el Padre y el Hijo juntamente es adorado, y glorificado. Que habló por los profetas.
>
> *ECCLESIAM* - Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos. Y la vida del siglo venidero. Amén.

La participación activa en la Misa de los Catecúmenos ayuda a los miembros del cuerpo místico, que así se someten al poder del Magisterio de la Iglesia, a pensar como su Cabeza y a acrecentar su conocimiento de Dios sacado de sus manantiales auténticos.

También es la mejor manera de tener las debidas disposiciones para participar activamente en el Sacrificio eucarístico y en la Comunión, que son el producto del poder del Ministerio cuya obra principal se efectúa en la Misa de los Fieles.

Participar de esta manera en la Santa Misa es encaminarse:

por Jesús-Iglesia (en nombre de Cristo Rey: la Iglesia preside la acción litúrgica),

por Jesús-Evangelio (órgano de Cristo Profeta, la Iglesia predica la palabra),

por Jesús-Eucaristía (instrumento de Cristo Profeta, Iglesia ofrece este sacrificio de amor).

Tales son los principales conceptos del plan divino revelado por las Escrituras y que debemos profesar; plan divino que consiste para todos los hombres de buena voluntad en la glorificación de la infinita misericordia de Dios, participando por Jesús, con Jesús y en Jesús en su vida de luz y de amor.

"Esto que vimos y oímos", dice San Juan, "es lo que os anunciamos, para que tengáis también vosotros unión con nosotros, y que nuestra común unión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo. (I Io. I, 34).

II. MISA DE LOS FIELES

1. PREPARACIÓN DEL SACRIFICIO: Del Ofertorio al Prefacio

13. OFERTORIO- 14. SUSCIPE, SANCTE PATER

Oblación de la Hostia inmaculada

La "Misa de los Fieles", o sacrificio propiamente dicho, empieza con el Ofertorio. Jesucristo renueva por el ministerio del sacerdote, el sacrificio de la última Cena a fin de ofrecer sacramentalmente a Dios, por la consagración del pan y del vino, el sacrificio de la Cruz y de hacer participar, por la Comunión, a todos aquellos que, siendo miembros del cuerpo místico por el bautismo, tienen el derecho y el deber de recibir el Santo Sacramento para perfeccionar su unión con Cristo y con su oblación, la cual, antes cruenta en el Calvario, es ahora gloriosa en los cielos.

En la Cena, Jesucristo tomó de la mesa el pan ácimo que se comía con el cordero

pascual. De igual manera el sacerdote toma una hostia preparada con harina de trigo sin levadura y, elevando la patena en la cual está colocada, piensa en la Víctima que va a inmolar y recuerda, con términos y pensamientos que se hallarán de nuevo en el Canon de la Misa, los fines generales por los cuales ofrece a Dios el sacrificio.

> *Suscipe...* Recibe, oh Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, esta hostia inmaculada, que yo, indigno siervo tuyo, ofrezco a ti, que eres mi Dios, vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los que están presentes, y también por todos los fieles cristianos, vivos y difuntos; para que a mí y a ellos sean de provecho para la salvación y para la vida eterna. Amén.

El sacrificio no se ofrece sino a Dios, todopoderoso, vivo y verdadero, Creador y Padre, Manantial único de la vida natural y de la vida de la gracia. Además el único sacrificio que puede satisfacer a la justicia divina, agraviada por nuestros pecados, y garantizar el don de las gracias de vida eterna a los miembros de Cristo en la tierra y en el purgatorio, es el sacrificio expiatorio ofrecido para ellos, por Jesucristo su Cabeza, a su Padre en la Cruz. La Santa Misa posee aquella misma virtud, porque en el altar es el mismo Sacerdote que en el Calvario, quien ofrece al mismo Dios, y por los mismos fines que en la cruz la misma Víctima que en la Cruz, por una inmolación que reproduce de un modo incruento la separación de su cuerpo y de su Sangre realizada en la cruz.

Asistir a la misa es, pues, participar en los frutos de salvación del Calvario. Para señalar esta participación tanto más necesaria cuanto que depende de nuestra asociación personal a la oblación que ofreció Jesucristo por nosotros, de tal modo que es verdaderamente nuestra y por la cual glorificamos a Dios y santificamos nuestras almas, los fieles antiguamente traían los elementos (pan y vino) del sacrificio que a sus intenciones se ofrecía. Cantábase mientras tanto un salmo procesional del cual no queda ahora sino un solo versículo: el Ofertorio. La antedicha costumbre de cooperar materialmente al sacrificio no existe más que bajo la forma de honorarios para la misa y de colecta al Ofertorio. Sin embargo, los cristianos deben continuar la realización de la Oblación interior simbolizada

por la exterior, colocándose con el pensamiento en la patena como pequeñas hostias unidas a la grande del sacrificio sin revocar nunca en el curso del día o de la semana lo que voluntariamente ha ofrecido. Dios nos estimula a la generosidad por este don de nosotros mismos que debemos hacer en la Santa Misa, pero respeta nuestra libertad; somos nosotros quienes determinamos el grado de nuestra oblación de alma y corazón que es el principal elemento de nuestra participación activa al sacrificio, por nuestra cooperación más o menos completa a su gracia.

El pan y el vino, producto del trabajo del hombre y sostén de su vida, representan a los fieles. Depositarlos por manos del sacerdote en el altar, símbolo de Cristo, es ofrecer a Dios todas nuestras actividades por la Iglesia en función del Calvario. Nuestras vidas unidas de este modo por la Misa a la Cruz, cooperan grandemente a la gloria de la Santísima Trinidad y a la salvación de las almas; se incorporan a la oblación de Jesucristo por la cual los derechos de nuestro Creador y Padre son reconocidos y los pobres humanos, socorridos.

15. DEUS QUI HUMANAÆ: MEZCLA DEL AGUA CON EL VINO

En la última Cena, Jesucristo tomó el cáliz del vino llamado cáliz de bendición porque los Judíos lo tomaban agradeciendo a Dios por la salida de Egipto. Este vino, según el ritual judío, estaba mezclado con agua. El sacerdote conformándose “a lo que el Señor nos enseñó por su ejemplo y su palabra" (San Cipriano, Ep. 63) echa en el cáliz vino con unas gotas de agua.

Añadió la Iglesia a la antedicha razón histórica y fundamental otras razones simbólicas. Las liturgias de Oriente prescriben echar agua en el cáliz y luego herir el pan con una lanceta diciendo las palabras: "Uno de los soldados le abrió el costado con la lanza y al instante salió sangre y agua". De esta manera la Eucaristía aparece evidentemente como el Sacramento o el signo de la Pasión.

En el Occidente el simbolismo que prevalece es más bien el de la divinización de los cristianos por Jesucristo y de su unión a Cristo en una oblación toda de amor. “Porque”, dice San Cipriano, “Cristo nos llevaba a todos en él, cargado con el peso de nuestros pecados; podemos ver entonces en el agua el símbolo del pueblo cristiano y en el vino el de la Sangre de Cristo. Razón es ésta por la cual en el momento de la consagración del cáliz del Señor, es necesaria la presencia de los dos elementos, porque si solo se ofrece el vino, Cristo estaría presente sin nosotros, y sí solamente el agua, el pueblo sin Cristo. Pero unidos los dos elementos se cumple entonces el misterio espiritual y celestial” (Ep. 63, 13).

Poniendo algunas gotas de agua en el vino, la Iglesia vierte, en alguna manera el sacrificio de sus miembros en el sacrificio de su Cabeza. “Dios”, escribe San Agustín, “muestra a la Iglesia este misterio (de su oblación con Jesucristo) en el sacrificio que ofrece todos los días; porque siendo como el cuerpo de su Cabeza, aprende a ofrecerse a sí misma por Él” (De Civ. Dei, X, C. 20). Las almas cristianas deben tener un conocimiento tal y vivir de tal modo que, en cualquier momento del día o de la vida puedan decir, presentando sus acciones dignas de ser ofrecidas a Dios: otra gota mía más en el cáliz de todas las Misas.

Nuestra vida será así verdaderamente la que conviene a miembros del Cuerpo místico de Cristo y constituirá como la extensión del misterio de la Encarnación. Esta es la intención de la Iglesia, que acompaña este rito con una oración que es una Colecta del Sacramento Leoniano de la fiesta de Navidad.

> *Deus qui*... Oh, Dios, que maravillosamente formaste la nobilísima naturaleza humana, y más maravillosamente la reformaste: concédenos (la frase siguiente ha sido incluida) “por el misterio de mezclar esta agua y vino”, que seamos participantes de la divinidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humanidad, de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que como Dios, vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Dios que había hecho de Adán la obra maestra de la creación, adornado de los dones de su gracia, hizo otro Adán mucho más admirable aun, Jesucristo, dotado de la naturaleza

humana como hijo de María y de la naturaleza divina como Hijo de Dios. Estas dos naturalezas están unidas en Él en la unidad de su Persona, que es la del Verbo, engendrado desde la eternidad por el Padre.

El ser personal de Jesucristo es por consiguiente divino y su humanidad desbordante de las gracias del Espíritu Santo. De su plenitud todos recibimos porque el Hijo de Dios se hizo hombre y "nos conquistó con su Sangre" (I Cor. VI, 20) para que como miembros suyos "participemos por Él en la naturaleza divina", según la palabra de San Pedro que repite la Iglesia. (II Pet. I, 4).

La unión misteriosa cuyo símbolo es la mezcla del vino y del agua, tiene su plena realización por la comunión en que "la sangre de la vid" (Eccles. L, 14) convertida en la sangre de Cristo, se asemeja a una savia generosa circulando en las ramificaciones de los miembros del cuerpo místico para que produzcan frutos divinos, alegoría explicada y ampliada por Cristo en la Cena: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos".

16. OFFERIMUS TIBI: OBLACIÓN DEL CÁLIZ DE SALVACIÓN

No consiste el sacrificio eucarístico en ofrecer a Dios pan y vino, sino en ofrecerle el cuerpo y la sangre de Jesucristo, bajo las especies del pan y del vino. Levantando el cáliz en alto el sacerdote pide a Dios reciba favorablemente con anticipación, este "cáliz de salvación" porque en la Consagración se llenará de la sangre de Aquel que es "propiciación por nuestros pecados y por los de todo el mundo". (I Io. II, 2).

> *Offerimus tibi*... Ofrecémoste, Señor, el cáliz de la salud, implorando tu clemencia: para que suba con suave fragancia hasta la presencia de tu divina Majestad, por nuestra salvación y por la del mundo entero. Amén.

Aquí también hallamos pensamientos y términos exactamente semejantes a las oraciones de ofrenda del Canon. Conviene notablemente el paralelo entre el *Offerimus tibi*, el *Supra quæ* y el *Supplices* que siguen la Consagración. Por una y otra parte se recuerdan los

sacrificios de los Patriarcas y se pide a Dios en una oración simbólica, y hasta idéntica, que nuestra ofrenda "suba en presencia de la divina Majestad". En el *Offerimus* se hace alusión al sacrificio de Noé "cuyo olor de suavidad complació al Señor, *odorem suavitatis*" (Gen. VIII, 21). Por otra, los sacrificios de Abel, de Abrahán y de Melquisedec, que también eran figuras del sacrificio de la Cena o del calvario que ahora se ofrece en el altar. El "*in odorom suavitatis*" de la fórmula de oblación del cáliz se acentúa por el incienso del pan y del vino en las misas solemnes, cuyas palabras hablan de un Ángel por cuyo ministerio suben hacia Dios nuestras ofrendas y nuestras oraciones como espirales perfumadas y descienden las gracias como el humo del incienso que baja nuevamente hacia la tierra. El *Supplices* habla de igual modo de un Ángel cuyo ministerio es parecido al del primero.

En ambas partes nuestra preocupación debe ser la de tener las mismas disposiciones de ánimo que los Patriarcas y hacer los acentos de nuestra oración particularmente suplicantes. En efecto, si Dios recibe favorablemente a su Hijo Jesucristo, no así a nosotros ofrecidos juntos con Él como las gotitas de agua mezcladas por la Iglesia en el vino del cáliz.

Pero, se dirá, estas disposiciones de ánimo y esta oblación de nosotros mismos no son el elemento esencial de la Misa. Efectivamente, el Concilio de Trento (SS. XXII) recuerda que Jesucristo era sacerdote según el orden de Melquisedec (es decir a la semejanza del rey de Salem, sumo Sacerdote del Altísimo que ofreció el pan y el vino - Gen. VIII, 1) que en la Cena ofreció a su Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y de vino. "Sacerdote por toda la eternidad Según el orden de Melquisedec" (Ps. 104) no tiene ni sucesor ni sustituto. El Sumo Sacerdote de la Misa es, pues, verdaderamente el Cristo, y la Víctima de la Misa es también el Cristo y no nosotros. Tanto más es así cuanto que el rito de la doble consagración consiste en la representación Sacramental de la inmolación cruenta del Calvario, de donde el nombre de inmolación dado a esta oblación ritual: en la cruz era Jesucristo el Sumo Sacerdote que se ofrecía él mismo como Víctima.

Sin embargo, dice el mismo Concilio, como la Santa Misa es el sacrificio de la Iglesia, porque Jesucristo emplea a los ministros de la Iglesia para consagrar el pan y el vino, el fin de la renovación sacramental del Calvario es aplicar los méritos de la cruz a los miembros de la Iglesia para que se asocien a la Pasión del Salvador, debemos reconocer con San Gregorio: "Que es necesario que en la realización del Sacrificio nos inmolemos también nosotros a Dios por la contrición de nuestro corazón; porque cuando celebramos los misterios de la Pasión del Señor, debemos imitar lo que hacemos. Jesucristo no es verdaderamente hostia para nosotros ante su Padre sino cuando, partícipes de Sus disposiciones, nos hacemos hostias también" (Dial. L. IV, c. 59).

Seamos, pues, en el altar víctimas en unión con El.

17. IN SPIRITU— 18. VENI — 19. LAVABO

Oración y purificación

Después de haber preparado la materia del sacrificio y haberla depositado en el altar, la Iglesia continúa disponiendo nuestras almas para que tengan los mismos sentimientos de Cristo cuando realizara los misterios de nuestra redención. En la Consagración, en efecto, las ofrendas que nos representan se transforman en la propia substancia del cuerpo y de la Sangre del Salvador. Las apariencias o especies del pan y del vino que permanecen, afirman nuestra unión íntima con la Víctima de la Cruz, de quien nos llegan toda fortaleza, toda gracia y todo mérito. En el Gólgota, el Hijo de Dios nos sustituyó a nosotros, por ser incapaces de satisfacer a la justicia divina; en la Misa continúa su oficio sustituyéndose a nuestras Ofrendas materiales. Pero ahora participamos en este Calvario prolongado eucarísticamente, porque la inmolación sacramental de Jesucristo se realiza por la consagración de nuestras ofrendas simbólicas y expresa, por lo tanto, nuestra propia inmolación interior.

“El sacrificio visible es el Sacramento, el signo sagrado del sacrificio invisible. Por eso el Profeta y en su persona el alma penitente, buscando aplacar a Dios para el perdón de sus pecados, dice: 'El verdadero sacrificio es el alma contrita y compungida: no despreciaréis, oh Dios mío, el corazón contrito y humillado'. Y añade: 'Destruido o debilitado el hombre viejo, el hombre nuevo ofrece a Dios un sacrificio de justicia cuando el alma purificada se ofrece y se inmola en el altar de la fe, para ser consumida por el fuego divino o por el Espíritu Santo'” (San Agustín, De Civ. Dci, I, 10, 5 y Ps. 4).

Las dos oraciones que reza el sacerdote en este momento se inspiran en análogos pensamientos: La primera es la de los tres Hebreos cuando ellos mismos se ofrecían como víctimas en el horno ardiente:

> *In spiritu*... Recíbenos, Señor, pues nos presentamos a ti con espíritu humillado y corazón contrito: y el sacrificio que hoy nosotros te ofrecemos, oh Señor Dios, llegue a tu presencia, de manera que te sea agradable.

La segunda oración suplica a Dios quiera consagrar por su Espíritu Santo nuestras Ofrendas y santificar nuestros corazones para que sea glorificado por el don ofrecido y por el modo de ofrecerlo.

> *Veni, sanctificator*... Ven, santificador, todopoderoso Dios eterno: y bendice este sacrificio, preparado para gloria de tu Santo nombre.

El sacerdote, por respeto, se lava luego los dedos que han de tocar las santas especies y dice una parte del Salmo XXV, Este rito es un sacramental que purifica nuestras almas en la medida de las buenas disposiciones interiores (contrición, confianza, etc.), con las cuales participamos en dicho rito cuyo fin es suscitarlas. Con el rey David afirmamos, pues, nuestra voluntad de glorificar a Dios en su santo templo, cerca de su altar y en las reuniones santas. Y pedimos a Dios que nos libre de aquellos que cometen el mal y ofenden la justicia seducidos por los regalos.

> *Lavabo...* Lavaré mis manos entre los inocentes y rodearé, oh Señor, tu altar. Para oír las voces de tus alabanzas y cantar todas tus maravillas, Señor. He amado la hermosura de tu casa y el lugar donde reside tu gloria. No pierdas,

> Dios mío, mi alma con los impíos y mi vida con los hombres sanguinarios, cuyas manos están llenas de iniquidades y su diestra colmada de sobornos. Yo, empero, he vivido inocente; sálvame y ten piedad de mí. Mi pie ha permanecido en el camino recto; en las asambleas de los fieles te bendeciré, oh Señor. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

20. SUSCIPE, SANCTA TRINITAS; HONOR A DIOS Y A SUS SANTOS

> *Suscípe...* Recibe, oh Trinidad santa, esta oblación que te ofrecemos en memoria de la pasión, resurrección y ascensión de Jesucristo, nuestro Señor; y en honor de la bienaventurada siempre Virgen María, y de San Juan Bautista y de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y de éstos (Santos cuyas reliquias están en esta ara) y de todos los Santos; para que a ellos les sirva de honra y a nosotros nos aproveche para la salvación: y se dignen interceder por nosotros en el cielo aquellos cuya memoria veneramos en la tierra. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

La virtud de la religión, y por ende el sacrificio que es el acto principal de la misma, tiene a Dios como fin último. Como Dios es uno en naturaleza y trino en Personas, la Iglesia ofrece la oblación eucarística a la Santísima Trinidad. El *Suscipe, Sancte Pater* se dirigía al Padre como principio del Hijo y, con el Hijo, principio del Espíritu Santo. El *Suscipe, Sancta Trinitas* se dirige a las tres Personas que poseen en tres diferentes títulos (el Padre *a se*, el Hijo, *a Patre*, y el Espíritu Santo, *ab utroque*) la misma e indivisible Naturaleza divina.

La Santa Misa honra particularmente a la Santísima Trinidad porque recuerda y obra el misterio de la Redención al cual cooperan las tres Personas divinas. Efectivamente, después de haber confirmado al Hombre Dios, Cabeza de la nueva humanidad, su victoria definitiva sobre el demonio el Viernes Santo, sobre la muerte el día de Pascua y sobre el mundo el día de la Ascensión, se esmeran incesantemente y particularmente por el santo sacrificio en hacer participar a todos los hombres de buena voluntad en este mismo triunfo y en esta misma glorificación en sus almas primero, y luego también en sus cuerpos.

"Dios", dice San Pablo, "que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con

que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo por cuya gracia vosotros habéis sido salvados, y nos resucitó con El y nos hizo sentar en los cielos en la persona de Jesucristo; para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia por la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo... pues por Él es por quien unos y otros tenemos cabida con el Padre unidos en el mismo Espíritu". (Eph. II, 4-18).

La Misa recuerda la Pasión o inmolación de Jesús; renovándola sacramentalmente evoca también su Resurrección y su Ascensión; porque sabemos que, efectivamente, es Jesucristo glorioso quien está presente bajo las Santas especies. Esta evocación de los misterios, por los cuales Jesucristo realizó y consumó nuestra redención, tiene como fin la aplicación de la virtud *sanans et elevans* a los miembros del cuerpo místico para que se apropien los méritos de su Cabeza y glorifiquen a su vez a Dios. Por la fe y el amor tomamos, en efecto, contacto con esta Víctima, Hostia viviente. Y así, realmente, morimos nosotros mismos por la virtud de su muerte y resucitamos a una vida nueva y celestial por la eficiencia de su resurrección y de su ascensión, porque cada misterio de Cristo produce su efecto propio. (Catec. Rom., Símbolo c. 6 y 7).

La Iglesia cita luego el nombre de algunos Santos, aquellos mismos del *Confiteor,* es decir, la bienaventurada Virgen Maráa, San Juan Bautista, los Apóstoles San Pedro y San Pablo, los Santos cuyas reliquias descansan en el ara y todos los santos.

Habiendo Jesucristo asociado íntimamente a sus misterios los santos que ahora son sus miembros gloriosos, recompensa su generosidad, haciéndolos desempeñar con Él el oficio de mediadores en la aplicación de sus misterios en nuestras almas. Su intercesión a la cual recurrimos, apoyados como ellos, en los méritos de Cristo "*Per eumden Christum*" es el oficio que desempeñan para con nosotros. Es verdaderamente rendir honor a los Santos el nombrarlos en la oración, porque es recordar el valor del cual han dado prueba para glorificar a Jesucristo en la tierra y el poder de que gozan actualmente en los cielos, donde,

en unión con su Cabeza, interceden por nuestra salvación en virtud de sus méritos adquiridos y por sus oraciones.

21. ORATE, FRATRES, — 22. SECRETA: CONCLUSIÓN DEL OFERTORIO

Al principio del Ofertorio, después del *Dominus vobiscum*, el sacerdote invitaba a la asamblea a la oración: *Oremus.* Reitera ahora esta misma invitación por el *Orate fratres*. Antes del saludo (*Dominus vobiscum*) y de la invitación (*Orate*) el Sacerdote besa el altar porque obra en nombre de Jesucristo.

> *Orate, fratres*... Orad, hermanos: para que este sacrificio mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.
>
> El sacerdote a todos invita; y todos, de corazón al menos, deberían responder:
>
> *Suscipiat*... El Señor reciba de tus manos este sacrificio en alabanza y gloria de Su nombre, y también para utilidad nuestra y de toda su Santa Iglesia.

"Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, nos ha predestinado", dice el Apóstol, "para que seamos hijos suyos adoptivos por Jesucristo a gloria suya, a fin de que se celebre la gloria de su gracia porque por Él es por quien unos y otros tenemos cabida con el Padre, unidos en el mismo Espíritu. Así que ya no sois extraños ni advenedizos; sino conciudadanos de los Santos y domésticos de Dios". (Eph. I, 3, 6; II, 18-19).

Por consiguiente, todos los cristianos son hermanos en Jesucristo (*Fratres*) y se dirigen, unidos todos con Él (*Orate*), a Dios Padre (*Deum Patrem*).

En el Santo sacrificio es donde más se confirma esta unión fraternal y filial; porque nacida en el Calvario, nada la fortifica como el mismo Calvario continuado en el altar. Por eso nada concurre a la alabanza y gloria de la bondad de Dios Padre y a la Salvación de todos sus hijos adoptivos como esta oblación sacrificial en donde el Hijo de Dios, su Hermano mayor, los libra por la virtud de su sangre y estrecha lazos de su fraternidad cristiana y de su filiación divina. Así, pues, cada uno de los miembros del cuerpo místico y

por ende toda la Santa Iglesia de Dios (*totiusque Ecclesiæ suæ Sanctæ*) esparcida por todo el universo se beneficia en cada una de las misas.

El *Orate, fratres* muestra de este modo cómo en el altar el sacerdote es un mediador y cómo los fieles deben unirse a su sacrificio, que también es de ellos, "*meum ac vestrum sacrificium*", pues lo ofrecen por su intermedio, "*manibus meis*", que es el ministro de Cristo y de su Iglesia.

“Uno es el mediador entre Dios y los hombres, —dice San Pablo—, Jesucristo Hombre que se entregó a sí mismo en rescate por todos” (I. Tim. II, 5, 6). La Iglesia señala esta mediación depositando —es el oficio del sacerdote— en el altar las ofrendas que nos representan. “El altar de la Santa Iglesia”, declara el Pontifical, “es Jesucristo mismo, según el testimonio de San Juan quien, en su Apocalipsis, afirma haber visto un altar de oro ante el trono de Dios, porque en Él y por Él las ofrendas de los fieles son ofrecidas” (Ordenación de los Subdiáconos). Sin embargo, no creamos que, como pequeñas hostias reunidas con la grande, nuestra oblación se hace paralelamente a la de Cristo. Solo al Hombre Dios le pertenece inmolarse en sacrificio y ofrecernos juntos con Él. Ya lo hizo una vez en la cruz donde murió por nosotros todos y prosigue, mediador invisible, su inmolación en la santa Misa, por el ministerio de la Iglesia visible; de manera que es por las manos del sacerdote que eleva la patena, como nos ofrecemos a nosotros mismos, si no nuestra oblación seria un acto de devoción privada. Y si Jesucristo, el Sacerdote y la Víctima del Calvario, se ofrece actualmente en el altar por sus sacerdotes, es para que podamos por su intermedio unirnos más íntimamente por nuestros sacrificios aceptados cada vez con más generosidad, a su oblación redentora y glorificadora para Dios y de tanto provecho para nuestras almas.

La Secreta, que es una fórmula de oblación, concluye los ritos del Ofertorio. Diciendo de todo corazón el Amén final nos apropiamos así todo el rito del Ofertorio.

2. REALIZACION DEL SACRIFICIO: Del Prefacio al Pater

23. PREFACIO. — 24. SANCTUS. — 25. BENEDICTUS

Preludio de la oración eucarística

En el Prefacio, la Iglesia, imitando a Jesucristo en la Cena, hace una oración de acción de gracias seguida de oraciones de Suplicación. Luego reitera por la consagración del pan y del vino “la acción en la cual, Cristo, separando”, dice Bossuet, “su cuerpo y sangre por la virtud de su palabra, se presento a Sí mismo ante Dios bajo una imagen de muerte y de sepultura, honrándolo como al Dios de la vida y de la muerte y reconociendo altamente su Majestad soberana, ya que se entregaba con la más perfecta obediencia, es decir, hasta la muerte en la cruz”.

El fin de esta oblación eucarística es la unión de todos los miembros de Cristo que están en la tierra con la oblación que ofreció su Cabeza en el Cenáculo y en el Calvario y que consuma gloriosamente en los cielos con los Ángeles, y Santos, según estas palabras: "Os declaro que no beberé ya más desde ahora de este fruto de la vid, hasta el día en que lo beba con vosotros de nuevo en el reino de mi Padre". (Mat. XXVI, 29).

Por eso la Iglesia eleva nuestras almas hacia las alturas:

> V. *Dominus vobiscum*: El Señor sea con vosotros.
> R. Y con tu espíritu.
> V. *Sursum corda*: Elevad vuestros corazones.
> R. Los tenemos ya elevados al Señor.
> V. *Gratias agamus*: Demos gracias a Dios, nuestro Señor.
> R. Digno y justo es.

Y el Prefacio termina mostrando cómo todos los Ángeles forman parte del cuerpo místico de Cristo y alaban a Dios en unión con su Cabeza:

> “*Per quem laudant Ángeli:* por el cual los Ángeles alaban a tu Majestad, las Dominaciones la adoran, las Potestades la temen; los Cielos y las Virtudes de los cielos y los bienaventurados Serafines la celebran con recíproca alegría”.

La liturgia evoca luego la visión en la cual Isaías oyó Cantar a los Serafines: “S*anctus*... Santo, Santo, Santo, es el Señor, Dios de los ejércitos (o de las milicias celestiales). Llena la tierra de Su gloria” (Is, VI, 2). A la tierra se añadió "los cielos" porque el sumo Pontífice de la gloria de Dios también está allí presente y preside los coros angélicos.

Y la Iglesia conjura a Dios nos permita unir nuestras voces a las suyas para que sea Él glorificado en la tierra como en los cielos.

El Canon de la Misa comienza después del *Benedictus* con oraciones de intercesión que continúan después de la Consagración, las cuales asocian, en virtud de la Comunión de los Santos, a todos los miembros de la Iglesia militante, triunfante y purgante a la oblación que sin cesar ofrece Jesucristo en los Cielos, en los altares de la tierra: se celebran aproximadamente 350.000 misas cada día.

Finalmente las oraciones del Canon terminan con una doxología solemne en donde la Iglesia tomando en sus manos el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, preséntalos diciendo: “Por Él mismo, y con Él mismo, y en Él mismo, a Ti, Dios Padre todopoderoso, en unidad del Espíritu Santo (te sea dada) toda honra y gloria, por todos los siglos de los siglos. Amén”.

Toda esta acción de gracias y especialmente el Prefacio que es su preludio y la doxología final que completa y resume el Prefacio, reproducen las ideas manifestadas por San Pablo en su Epístola a los Colosenses y sobre todo a los Efesios: “Bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo; habiéndonos predestinado a ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo” (Eph. I, 2-5). “En quien por su sangre logramos la redención, y el perdón de los pecados por las riquezas de su gracia; para hacernos conocer el misterio de su voluntad

fundada en su beneplácito por el cual se propuso restaurar todas las cosas en Cristo, (las del cielo, los Ángeles, las de la tierra, los hombres), para que seamos la gloria y el objeto de las alabanzas de Cristo". (Eph. I, 7-12).

“Porque él ha desplegado su poder en la persona de Cristo, resucitándolo de entre los muertos y colocándolo a su diestra en los cielos sobre todo Principado y Potestad y Virtud y Dominación", (Eph. I, 20). "Pues por Él es por quien unos y otros tenemos cabida con el Padre, unidos en el mismo Espíritu" (Eph. II, 18). "A Él sea la gloria, por medio de Cristo Jesús, en la Iglesia por todas las generaciones de todos los Siglos" (Eph, III, 20). "Cantad y hablad con salmos en vuestros corazones al Señor, dando siempre gracias por todo a Dios Padre en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo" (Eph. V, 18-20).

Puede afirmarse que tal es el programa de los 15 diferentes Prefacios del Misal.

El origen del Prefacio, remonta al banquete pascual ordenado por Moisés y celebrado cada año por los judíos en el día aniversario de la salida del cautiverio de Egipto, comiendo el cordero figurativo, el jefe de familia exaltaba el poder, la sabiduría y la bondad de Dios manifestado por sus beneficios a su pueblo. Agradecía a Dios por la creación, la salvación concedida a Noé, la vocación de Abraham, el tránsito por el Mar Rojo, la revelación del Sinaí y la conquista de Canaán.

Estas glorias de la Antigua Alianza simbolizaban los grandes misterios redentores cuyo héroe fue Jesucristo. Luego, después de haber comido el cordero pascual con sus Apóstoles en el Cenáculo, Jesucristo inauguró la nueva Alianza inmolando y comiendo el Cordero de Dios con un nuevo cántico de acción de gracias: "*Accepto pane gratias egit*" (Luc. XXII, 19), "*accipiens calicem gratias egit*" (Mat. XXVI. 27),

Y esta nueva oración eucarística reemplazó la antigua acción de gracias. “El sacerdote”, dice San Justino, “glorifica al Padre del universo en nombre del Hijo y del Espíritu Santo; luego hace una larga eucaristía por todos los favores que de Él hemos

recibido. Y todos cantan: Amén" (II siglo).

La Iglesia glorifica, en el Prefacio de los domingos, a Dios en sí mismo: uno en Naturaleza y trino en Personas, es decir, el misterio de la vida Trinitaria que nos reveló Jesucristo en la última Cena principalmente. Es el Prefacio de la Santísima Trinidad que se asemeja a la oración eucarística primitiva enteramente trinitaria, muy anterior a la fiesta de la Santísima Trinidad, puesto que se halla en el Sacramento Gelasiano.

La Iglesia canta también en los demás prefacios a la Santísima Trinidad, pero en sus Obras: a Dios Padre todopoderoso quien nos ha creado y redimido por su Hijo y nos santifica por la participación en la filiación divina de Jesús por el Espíritu Santo.

> *Vere dignum*. Verdaderamente es digno y justo, debido y saludable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno:
>
> *Navidad:* Porque por la Encarnación conocemos a Dios revestido de una forma visible.
>
> *Epifanía:* Porque tu Hijo Unigénito, revestido de carne mortal, nos ha recobrado el derecho de participar de la luz y resplandor de su inmortalidad.
>
> *Cuaresma:* Que por medio del ayuno corporal nos das la virtud y nos premias, por Jesucristo, nuestro Señor.
>
> *Pasión:* Que pusiste la salvación del género humano en el árbol de la Cruz.
>
> *Pascua:* Porque Jesucristo, muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando reparó nuestra vida.
>
> *Ascensión:* Porque Jesucristo, después de su Resurrección, subió al cielo para hacernos participar de su Divinidad.
>
> *Pentecostés:* Porque Jesucristo, sentado a tu diestra, envió Espíritu Santo sobre los hijos de adopción.

La Iglesia glorifica también a Dios, porque Jesucristo está presente en la Eucaristía (Corpus Christi); porque su amor es indefectible (Sagrado Corazón); porque es Sacerdote y Rey (Cristo Rey); porque la Madre de Dios (Santísima Virgen), el esposo virginal de María (San José), los Jefes de la Iglesia (Santos Apóstoles) participan en la obra de la Redención; y

finalmente porque nuestra muerte será seguida de la resurrección y de la inmortalidad (Prefacio de los Difuntos).

Cantemos, por consiguiente, juntos con los Ángeles que son los testigos extasiados de tales maravillas, al Dios tres veces santo (*Sanctus*); y a Jesucristo por quien nos otorga todos estos beneficios:

> *Benedictus*... Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Aclamación que oyó Jesucristo cuando entró triunfalmente en Jerusalén para vencer al demonio muriendo en la cruz. Es oportuna, en este instante de la Misa en que el mismo Jesucristo va a descender al altar para hacernos participar de su muerte y de su victoria.

26. TE IGITUR. — 27. MEMENTO — 28. COMMUNICANTES

Oración por la Iglesia

Toda la obra de la Redención se concentra en el sacrificio que celebró Jesucristo de un modo sacramental en el Cenáculo en medio de sus Apóstoles y que realizó de modo cruento en presencia de María y de San Juan en el Calvario, que renueva eucarísticamente por los sucesores de los Apóstoles, los sacerdotes, a quienes se unen los fieles y que consuma en la gloria con los Ángeles y los Santos.

Todas estas oblaciones de las cuales Jesucristo es el Sumo Sacerdote y la Víctima, tienden a un mismo fin que expresaba el Salvador en la Cena, diciendo: "Y por amor de ellos me santifico (es decir: me ofrezco) para que sean consumados en la unidad" (Io. XVII, 19-23).

Esta unidad es la del cuerpo místico, organismo viviente cuya Cabeza es el Hijo de Dios y cuyos miembros son todos los que en la tierra, en el cielo y en el Purgatorio, tienen cabida como hijos adoptivos, por Jesús, con Jesús y en Jesús con Dios Padre. Como fruto del

sacrificio de la cruz, esta unión de Cristo y de la Iglesia se realiza, pues, particularmente en el altar donde Jesucristo perpetúa con este fin por su Iglesia sacerdotal la oblación del Calvario. Por eso el Canon romano ha encerrado en el acto del sacrificio eucarístico o Consagración, cinco oraciones (3 antes y 2 después) en las cuales se trata precisamente de la comunión que existe entre la Iglesia militante en general (*Te igitur*) y, más abajo o en particular (*Memento*), la Iglesia triunfante (*Communicantes*, *Nobis quoque*) y la Iglesia purgante (*Memento*).

Dígnese Dios recibir favorablemente nuestro sacrificio, por la Iglesia militante en general y nominalmente para aquellos que son sus Jefes visibles, porque los sacerdotes celebran en comunión con el Papa, Pontífice de la Iglesia universal y con el Obispo, Pontífice de la Iglesia diocesana.

> *Te igitur*... suplicámoste, pues, humildemente y te pedimos, oh Padre clementísimo, por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, que aceptes y bendigas estos dones, estas ofrendas, estos santos sacrificios sin mancilla. En primer lugar los ofrecernos por tu santa Iglesia católica: a la cual dígnate darle paz, defenderla, mantenerla unida y gobernada por toda la tierra. Juntamente con tu siervo, nuestro Papa N. y nuestro Prelado N., y todos los (venerables Obispos: Lit. Santiago) ortodoxos, que con doctrina recta profesan la fe católica y apostólica.

Recomendación a Dios de todos los que hacen celebrar la misa o que a ella asisten:

> *Memento.* Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. y N. y de todos los que están aquí presentes, cuya fe y devoción (virtud de religión) te son conocidas, por los cuales te ofrecemos, o ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por sí y por la esperanza de su salvación y conservación; y encomiendan sus deseos a ti, Dios eterno, vivo y verdadero.

Dígnese Dios recibir favorablemente nuestro sacrificio en virtud de los méritos y de las Oraciones de los santos; porque, como miembros místicos de Cristo, no pueden separarse de Él; y unen sus sufragios y sus méritos a los de su Señor.

> *Communicantes.* Unidos en la misma comunión y venerando la memoria, en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo,

> nuestro Dios y Señor; [la del bienaventurado José, el esposo de la Virgen] y también la de tus bienaventurados Apóstoles y Mártires: Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio (5 Papas mártires), Cipriano (Obispo mártir), Lorenzo (diácono mártir), Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián (5 laicos mártires) y de todos tus Santos, por sus merecimientos y ruegos, te suplicamos nos concedas que en todas las cosas el auxilio de tu protección nos defienda. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

29. HANC IGITUR — 30. QUAM OBLATIONEM

Dios quiera obrar la transubstanciación

La acción de gracias que cesó después del Benedictus va a continuarse por la Consagración eucarística de la cual uno de los fines es la acción de gracias. La Iglesia prepárase a esta Consagración por dos fórmulas de ofrenda: *Hanc igitur* y *Quam oblationem*. La oración de intercesión (*Te igitur, Memento, Communicantes*) continuará (2º *memento*, *Nobis quoque*) después de la oblación de la Víctima a Dios.

Cuando el sacerdote dice el *Hanc igitur*, extiende las manos sobre el pan y el vino. Esta imposición fue introducida por San Pío V en el siglo XV para afirmar el carácter sacrificatorio de la Consagración entonces negada por los herejes.

Cuando dice el *Quam oblationem* el Sacerdote hace tres veces la señal de la cruz sobre las ofrendas (antaño cubrían todo el altar), y luego una sobre el pan, diciendo: *corpus*, y otra sobre el vino, diciendo: *sanguis*, para significar el acto de la transubstanciación respectiva en el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

> *Hanc igitur*. Rogámoste, pues, Señor, recibas propicio esta ofrenda de nuestra servidumbre (los sacerdotes que concelebran), que lo es también de toda tu familia, (los fieles): *ut placatus accipias.* (Hacia el año 600, San Gregorio añadió): Y nos hagas pasar en tu paz los días de nuestra vida, y mandes que seamos preservados de la eterna condenación y contados en la grey de tus escogidos. Por Cristo, Señor nuestro. Amén.

Leemos en el Levítico (VIII, 14-18): "Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero, lo degollaron y Moisés derramó la sangre y quemó el cuerpo sobre el altar. Fue un holocausto de olor suavísimo para el Señor".

La imposición de las manos sobre las víctimas destinadas a la inmolación, como homenaje de adoración o de acción de gracias, significaba en el holocausto y en el sacrificio de expiación por los pecados, la donación de sí mismo a Dios, porque indica una identificación moral, una transmisión de responsabilidades, una oblación por sustitución. El sacerdote por su ministerio y los fieles, se sustituyen por el pan y el vino y consiguientemente por Jesucristo mismo, en cuyo cuerpo y sangre serán transubstanciados el pan y el vino.

La oración añadida por San Gregorio resume los beneficios que esperamos del sacrificio sobre los cuales insiste la Iglesia en la oración de intercesión: *Te igitur* (la paz), 1er. *Memento* (la redención de nuestras almas), *Nobis quoque* (la sociedad de los elegidos). La paz entre los hombres es una de las condiciones del perfecto desarrollo de la Iglesia en el mundo. En cuanto al infierno que debemos evitar y el cielo que debemos conquistar, es la razón de ser del sacrificio del Calvario y de su renovación en el altar. Por eso dice el Concilio de Trento: "Habiendo celebrado esta Pascua antigua que la muchedumbre de los hijos de Israel inmolaba en recuerdo de la salida de Egipto (figura de la Redención de nuestras almas) Jesucristo se constituyó él mismo la Pascua nueva que inmolaría la Iglesia en recuerdo de su paso de este mundo a su Padre en que por la efusión de su sangre nos rescató del poder de las tinieblas y nos transportó a su reino de luz" (Ss. XXII).

> *Quam oblationem*... La cual oblación te suplicacamos, oh Dios, te dignes hacerla en todo ben+dita, apro+bada, confir+mada, razonable y agradable, a fin de que se convierta para nosotros en el cuer+po y san+gre de tu amadísimo Hijo, Señor nuestro, Jesucristo.

La Iglesia expresa en esta fórmula su voluntad formal de consagrar el pan en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre; de manera que el relato de la Cena que sigue no es

una simple lectura histórica como la de los Evangelios de la Pasión durante la Semana Santa.

Esta oblación por la cual somos representados y que será transformada en el mismo Jesucristo sera verdaderamente bendita (*benedictam)* e irrevocablemente (*ratam*) aceptada (*adscriptam*, *acceptabilem*). De modo que, unidos con Cristo que va a entregarse a nosotros (*fiat nobis*), podremos "ofrecernos como una hostia viva, santa, agradable a Dios, en un culto (espiritual o) racional, *rationabilem*". (Rom. XII, 1).

31. QUI PRIDIE: TRANSUBSTANCIACIÓN DEL PAN EN EL CUERPO DE JESÚS

Durante todo el curso de su vida se ofreció Jesucristo interiormente a su Padre; mas esta Oblación no fue un verdadero sacrificio sino cuando se expresó por un acto sacrificatorio externo; este acto sacrificial, sublime entre todos, Jesús lo realizó en dos ocasiones durante su vida terrestre: en la Cena y en el Calvario. En la Cena, Pontífice por excelencia según el orden de Melquisedec, tomó pan del cual cambió la substancia en la substancia de su cuerpo. Después al fin de la cena, tomó vino y también cambió su substancia, pero esta vez en la substancia de su sangre, indicando por este rito sacrificial, esencialmente representativo de su muerte en la cruz, que ofrecía a Dios su vida por salvar a los hombres. En el Calvario, algunas horas después, Sumo Sacerdote, cuyo sacrificio fue figurado por los sacrificios cruentos del Sacerdocio de Aarón, derramó efectivamente gota por gota toda su sangre. Y su sacrificio fue voluntario, porque, como Hijo de Dios, podía encadenar a sus verdugos e impedir a la Muerte de herirlo; pero aceptó libremente la muerte en la cruz. "Cristo", dice Santo Tomás, se ofreció voluntariamente a la pasión y por esta razón es Hostia". (3, Q. 22, a. 2).

El sacrificio del Cenáculo y el del Calvario son esencialmente un solo y único sacrificio, ya que, en presencia de sus Apóstoles, fue la oblación que de sí mismo iba a

efectuar en la cruz la que ofreció Cristo con anticipación a su Padre, realizándola de un modo eucarístico. Efectivamente, la Eucaristía es ante todo un sacrificio ofrecido a Dios y como tal, es el Sacramento o el signo de la Pasión. Porque, efectuando las dos consagraciones consecutivas, cuyos efectos directos son diferentes, el divino Salvador hizo eucarísticamente o representativamente (ya que el Sacramento es un signo) la separación de su sangre de su cuerpo que realmente se realizaría el día siguiente.

La Cena fue, pues, un verdadero sacrificio en el cual Cristo hizo en realidad la oblación total de su Persona por el rito de la doble consagración eucarística; rito que consistía en ofrecer con anticipación la inmolación sangrienta del Calvario realizándola de un modo sacramental e incruento. La Misa, renovación de la Cena, difiere de ésta sólo porque Jesucristo realiza esta doble transubstanciación por el ministerio de su Iglesia y porque los sacerdotes que obran como instrumentos del Sumo Sacerdote, ofrecen sacramentalmente a Dios, no ya la Víctima que va a inmolarse en la cruz, pero sí la misma Víctima que otrora se inmolara. En el altar, dice San Pablo, "anunciaréis la muerte del Señor" (I Cor. XI), porque la Misa, reproducción de la Cena, se relaciona esencialmente como ésta con la Pasión del Salvador.

Al instituir la Eucaristía, Jesucristo dejó, pues, a su Iglesia un sacrificio visible, instrumento del Pontífice de la Ley Nueva, por el cual ella ofrece por su orden y con una actualidad siempre nueva, el mismo y único sacrificio redentor. En el Cenáculo, en el Calvario, en nuestras iglesias, es el mismo sacerdote que inmola la misma Víctima por la Separación, ya física (Calvario), ya sacramental (Cena, Misa) del mismo cuerpo y de la misma Sangre. De modo que, en el momento de la Consagración, Jesucristo ejerce esencialmente el mismo acto sacerdotal y Sacrificial que en la Cena y en el Gólgota. Continúa la misma oblación de Sí mismo, "solamente difiere en la manera de Ofrecerla" (Conc. Trid. C. II). Por eso la Iglesia reproduce en el momento de la consagración los mismos movimientos y las mismas palabras de Jesús cuando consagró el pan y el vino en el Cenáculo.

Las dos fórmulas de consagración del misal romano se componen de elementos suministrados por San Pablo (I Cor. XI), por los Evangelistas y la Tradición:

> *Qui pridie*... El cual, la víspera de su pasión (el sacerdote purifica los dedos en el corporal), tomó el pan en sus Santas y venerables manos (toma la hostia), y, levantados sus ojos al cielo, a ti, Dios Padre suyo todopoderoso (levanta los ojos al cielo), dándote gracias, lo bendijo (hace la señal de la cruz sobre la Hostia), lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: tomad y comed todos de él. PORQUE ESTE ES MI CUERPO.

32. SIMILI MODO: TRANSUBSTANCIACIÓN DEL VINO EN LA SANGRE DE JESÚS

Después el sacerdote consagra la copa de vino, porque para renovar el rito de la Cena tal como lo instituyó Jesucristo, es necesario que la Eucaristía sea a la vez el Sacramento del cuerpo y de la Sangre de Cristo. En efecto, aunque Jesucristo está presente entero, bajo la especie del pan después de la primera consagración, sin embargo, dijo a sus Apóstoles: "Este es mi cuerpo", llamando así la atención solamente en el cambio del pan en su cuerpo o en la transubstanciación que acaba de efectuar. De donde se sigue que la Hostia es, propiamente hablando, el sacramento o el signo de la presencia del cuerpo de Cristo. Era necesaria luego una segunda transubstanciación, la del vino, para que también exista el Sacramento o el signo de la presencia de la sangre de Cristo. Es lo que hizo Jesús. Merced a estos dos modos de un mismo y único Sacramento, la Eucaristía, la muerte del Salvador está muy expresivamente significada y ofrecida en el altar.

“La representación de la Pasión”, dice Santo Tomás, “se efectúa en la Consagración misma del Sacramento, en la cual no se debe consagrar el cuerpo sin consagrar la sangre" (3. Q. 83, 12 ad 3). “La Sangre consagrada separadamente del Cuerpo representa de un modo expreso la Pasión de Cristo porque la separación de la Sangre del Cuerpo efectuóse por la Pasión". (3. Q. 78, 3). La Consagración es el centro mismo del santo Sacrificio.

Por la efusión de su sangre nos redimió Jesucristo; la representación sacramental de

esta efusión en los altares debe ser pues, el objeto principal de nuestra preocupación en la Misa. La segunda fórmula de consagración, mas detallada que la primera, nos invita a ello particularmente:

> *Simili modo*. De un modo semejante, acabada la cena (el sacerdote toma el cáliz), tornando este excelente cáliz en sus Santas y venerables manos: dándote igualmente gracias, lo bendijo (hace la señal de la cruz sobre el vino) y dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de él. PORQUE ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE; DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO, MISTERIO DE FE, QUE SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS. CUANTAS VECES HICIÉREIS ESTAS COSAS, LAS HARÉIS EN MEMORIA DE MÍ.

Mediador de la nueva y eterna alianza que Dios contrata con los cristianos, Jesucristo tomó en sus manos la copa que contiene su propia Sangre, la misma que derramará en el Calvario, la misma que estará en todos los cálices. Y da su Sangre a sus Apóstoles para que la beban y por ellos y sus sucesores a todos los fieles para testificar su derecho a la herencia celestial y prepararlos por una purificación espiritual. La Cena, la Cruz, la Misa revelan particularmente el Misterio de Fe y de amor escondido desde toda la infinita misericordia del Padre adoptando como hijos suyos a todos aquellos que en unión con su Hijo único y por la virtud de su Sangre mueren al pecado y viven como hijos de Dios.

Es por consiguiente, de suma importancia que, en el momento en que por la operación del Espíritu Santo, Jesucristo se inmola místicamente en nuestros altares para aplacar a su Padre y obtener de Él una nueva efusión del Espíritu de adopción, nos inmolemos también juntos con Él y no pongamos obstáculos a nuestra incorporación a Jesús por el Espíritu Santo; y esto es tanto más apremiante cuanto que el pan y el vino transubstanciados en Cristo nos representan y que en la última Cena dijo a sus Apóstoles: "Comed mi cuerpo y bebed mi sangre", es decir, comulgad en mi sacrificio haciéndoos conmigo hostias vivas.

33. UNDE ET MEMORES: OBLACIÓN DE LA VÍCTIMA SACRIFICADA SACRAMENTALMENTE

Por orden de Jesucristo la Iglesia renueva el sacrificio de la Cena y evoca en él los misterios por los cuales el Salvador efectuó y finalizó nuestra redención. Por esta razón le sacerdote sigue: Por eso, Señor, recordándolo nos ofrecemos. Son éstos los dos motivos de la oración de la Iglesia en este instante:

> *Unde et memores*... Por tanto, Señor, nosotros siervos tuyos, y también tu pueblo santo, en memoria de la bienaventurada pasión del mismo Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro, como de su resurrección de entre los muertos, y también de Su gloriosa ascensión a los cielos: ofrecemos a tu excelsa Majestad, de tus mismos dones y dádivas esta Hostia + pura, Hostia + santa, Hostia + inmaculada; el Pan + santo de la vida eterna y el Cáliz + de perpetua Salvación.

Después de haber inmolado sacramentalmente la Víctima en el altar, la Iglesia la ofrece a Dios. Es el fin esencial de la oración *Unde et memores* y de las dos siguientes *Supra quæ*, *Supplices,* que constituyen un todo único según lo indican textos antiguos y por su conclusión única: *Per Christum Dominum nostrum*. El *Unde et memores* es también el comentario y la ejecución de la orden de Jesucristo a sus Apóstoles: "cuantas veces cumpliéreis estos misterios, hacedlo en memoria mía", prescripción dada por Jesús en el momento en que iba a morir y volver a Su Padre y que repite la Iglesia después de la segunda fórmula consagratoria. Puede interpretarse así: instituyo este rito eucarístico y os constituyo los ministros del mismo, a fin de que pueda continuar, por medio de vosotros, que os habéis entregado a mi servicio como sacerdotes (*nos servi tui*), la obra de la redención del género humano; porque es para que devuelva a mi Padre a todos sus hijos pródigos, incorporándolos a mi cuerpo místico (*sed plebs tua sancta*) para lo que el Padre me ha enviado. Esta obra de salvación y de santificación va a ser realizada por mí como Cabeza de toda la humanidad, ya que por mi muerte en la cruz voy a expiar por todos los pecados de todos los hombres, y por mi resurrección y mi ascensión voy a introduciros de derecho en el reino de mi Padre.

Pero es necesario que todas las almas que comienzan a realizar estos misterios de mi pasión, de mi resurrección, de mi ascensión, haciéndose miembros míos por el Bautismo, sean como uno solo por el sacrificio eucarístico. Así podré cada vez más, yo que soy la Hostia santa, la Hostia inmaculada, ofrecerles todas juntas conmigo a mí Padre como hostias purificadas por mi sangre, santificadas por mi resurrección y glorificadas por mi ascensión.

Renovad pues lo que acabo de hacer: es decir, ofrecedme al Padre consagrando el pan y el vino; incorporad luego las almas, el pueblo santo a esta oblación, dándoles este Pan sagrado como comida y haciéndoles beber el cáliz de la eterna salvación.

Agreguemos que ofreciendo así a Dios sus propios dones naturales y sobrenaturales, el pan y el vino transubstanciados en el cuerpo y sangre de Jesucristo, la Iglesia honra la Majestad suprema de Aquel que es nuestro Creador y nuestra Providencia en el orden natural a la par que nuestro Padre Bienhechor en el orden sobrenatural. Lo hace la Iglesia de un modo infinitamente agradable a Dios, puesto que es el mismo Hijo de Dios quien se ofrece por su intermedio.

El sacrificador, dice San Pablo, es por excelencia "un Pontífice Santo, inocente, inmaculado" (Heb. VII, 26) y su ofrenda, añade la Iglesia, es por excelencia "una hostia pura, Santa, inmaculada". Dios aceptará, pues, este sacrificio como agradable.

34. SUPRA QUÆ — 35. SUPPLICES: ACEPTACIÓN DE LA VÍCTIMA POR DIOS

Existe sólo un sacerdocio y un sacrificio en la religión cristiana; y del mismo modo que en el Cenáculo y en el Calvario, en el altar Jesucristo es el Sumo Sacerdote y la Víctima. Y puesto que, como decíamos, Dios pone todas sus complacencias en su Hijo, la Misa le es infinitamente agradable. Así se explica por qué la Iglesia juzga necesario pedirle con

insistencia en el *Supra quæ* y en el *Supplices* que sea aceptada favorablemente la oblación.

En la Cena y en la Cruz, Jesucristo ofreció El mismo su sacrificio; asimismo ofrece el sacrificio eucarístico por el ministerio de sus sacerdotes; pero este sacrificio es para los fieles la expresión del sacrificio invisible que de ellos mismos hacen a Dios, puesto que es el pan y el vino que los representan en el altar, los transformados en el cuerpo y sangre de Jesucristo. La acción del sacrificio por la cual la Iglesia ofrece a Dios a Cristo bajo las apariencias de pan y de vino es por consiguiente la oblación que los sacerdotes y los fieles hacen de ellos mismos a su Señor y Maestro.

En la Santa Misa, nuestras alabanzas, nuestras penas, nuestra vida son moralmente unidas en una sola oblación ritual con el sacrificio de la Cabeza.

Esta oblación desde luego, es aceptada por Dios en favor nuestro, si nos ofrecemos verdaderamente en unión con Jesucristo y si nuestras disposiciones de ánimo concuerdan con las de la Santa Víctima.

Y la Iglesia muestra su ardiente deseo de tales disposiciones nombrando a los tres grandes Sacrificadores que fueron, en un grado supremo por el Cristo sacrificador y Hostia.

> *Supra quæ*. Hacia los cuales dígnate, Señor, mirar con rostro propicio y sereno, y aceptarlos, así como te dignaste aceptar los dones de tu siervo el inocente Abel, y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham y el que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedec: sacrificio santo, hostia inmaculada.

La ofrenda que Jesucristo hace de Sí mismo en el altar por sus sacerdotes se identifica con la que el mismo Cordero "como inmolado" (Apoc. V. 6) hace, en unión con todos los santos en el altar Celestial ante el trono de la Majestad divina. Pero aquí también, será agradable a Dios la oblación si nosotros mismos nos Ofrecemos verdaderamente en unión con Cristo como lo hacen todos los miembros de su cuerpo místico, los Ángeles y los Santos en la Jerusalén celestial.

Por eso, evocando la visión del Ángel que ofrece a Dios a la derecha del altar de oro la

oración de los Santos como un incienso de suavísimo olor (Apoc. VIII, 3-4) el celebrante, profundamente inclinado pide en una plegaria simbólica, semejante a la de la oblación del cáliz y del incienso del Ofertorio que por el ministerio del Ángel prepuesto al Santo, al Santo Sacrificio es una esta oblación con la del Cielo. Parecida a una nueva ascensión de Cristo, esta oblación nos obtiene los dones del Espíritu Santo, en una Pentecostés toda interior.

De manera que nuestra petición, apoyada en los méritos de Cristo presente a la vez en los dos altares: *per Christum Dominum nostrum*, asegura las más abundantes gracias a aquellos que participaran por la Comunión (el sacerdote besa el altar de la tierra, símbolo del altar del Cielo), en el sacrificio aceptado por Dios en los cielos.

> *Supplices*... Rogámoste con todo rendimiento, omnipotente Dios, mandes sean llevados estos dones por las manos de tu Santo Ángel a tu sublime altar, ante la presencia de tu divina Majestad; para que todos los que participando de este altar, recibiéremos el sacrosanto Cuer+po y San+gre de tu Hijo, seamos llenos de toda bendición celestial y gracia. Por el mismo Cristo, Señor nuestro. Amén.

36. MEMENTO DE LOS DIFUNTOS: APLICACIÓN DEL SACRIFICIO A LA IGLESIA PURGANTE

Antes de la Consagración, la Iglesia interrumpió la oración de acción de gracias (Prefacio, *Sanctus*, *Benedictus*) con una oración de intercesión (*Te igitur*, 1er. Memento, *Communicantes*) que es otra manera de proclamar los beneficios de la Redención. Después de la Consagración, se interrumpe igualmente la Acción eucarística (*Qui pridie, Simili modo, Unde et menmores, Supra quæ, Supplices*) con dos plegarias (2° Memento, p. 89, Nobis quoque peccatoribus, p. 91) que exaltan también la bondad de Aquel que nos llama a la felicidad eterna.

La Iglesia militante, purgante y triunfante, siendo la Esposa y el cuerpo místico de Cristo, todos sus miembros unidos espiritualmente a su Cabeza, pueden beneficiarse del

Sacrificio que Jesucristo ofrece sin cesar en el altar por el ministerio de sus sacerdotes. Por eso, desde su origen, todas las liturgias han hecho mención en la misma, no sólo de los vivos y de los Santos, mas también de los Difuntos. La razón que de ello da San Agustín (fines del siglo IV) es precisamente que "las almas de los fieles difuntos no están separadas de la Iglesia y son los miembros de Cristo" (De Civ. Dei l, X. C. 9).

> *Memento etiam*... Acuérdate también (el Memento de los Difuntos se enlaza íntimamente con el de los Vivos), Señor, de tus siervos y siervas N. y N., que nos precedieron con la señal de la fe y duermen ya el sueño de la paz. Pedímoste, Señor que a éstos y a todos los que descansan en Cristo les concedas el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Cristo, Señor nuestro. Amén.

Para indicar mejor que el Memento de los Difuntos se hace en favor de los miembros de Cristo. las liturgias orientales dicen: "Acordaos, Señor, de aquellos que de Vos han sido revestidos en el bautismo y que Os han recibido del altar" (Jacobitas); "de aquellos que han sido señalados por vuestro carácter" (Liturg. de San Juan).

Y el 2º Memento del misal romano dice: "Acuérdate, Señor, de tus siervos y de tus Siervas que han sido señalados con el sello de la fe", lo cual es una réplica del 1er. Memento: "Acuérdate, Señor, de tus siervos y tus siervas cuya fe conoces", y reza por las almas que "duermen en paz" y que "descansan en Cristo". En el Ofertorio la Iglesia ofrecía también "la Hostia inmaculada por todos los cristianos vivos y difuntos y que sea provechosa para su salvación y para la vida eterna".

Egresados de este mundo sin antes haber satisfecho plenamente por las penas temporales merecidas por sus pecados, deben estas almas purificarse expiando hasta que sea plenamente satisfecha la justicia de Dios, porque nada que sea manchado puede entrar en el cielo. Y las penas que sufren Sus almas sensitivas, sus inteligencias y sus voluntades son indicadas por "el refrigerio, la luz y la paz" que les desea la Iglesia.

La Iglesia puede abreviar el tiempo de su purificación. Lo puede, dice el concilio de

Trento "sobre todo por medio del precioso sacrificio del altar" (SS. XXX). Nada hay, en efecto, más eficaz para obtener el favor de Dios, alcanzar misericordia por la remisión de sus penas (*ut indulgeas deprecamur*), que dirigirle nuestras plegarias ofreciéndole el sacrificio de la sangre de Jesucristo para saldar sus deudas. "La penas de los difuntos por cuya intención se ofrece la Misa o que el sacerdote recomienda de un modo especial", dice San Gregorio, "están suspendidas o disminuidas durante este mismo tiempo" (Dial. VI, 56).

Cuántas almas del Purgatorio reciben así consuelo o son introducidas por los Ángeles en el cielo. La Misa es el medio más eficaz para que se realice en favor de las almas benditas el texto de San Pablo: "Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla purificándola en el bautismo de agua con la palabra de vida, a fin de hacerla comparecer delante de Él llena de gloria, sin mácula, ni arruga, ni cosa semejante sino siendo santa e inmaculada". (Eph. V, 25-27).

37. NOBIS QUOQUE PECCATORIBUS: APLICACIÓN DEL SACRIFICIO A LA IGLESIA MILITANTE

Después de ofrecer la Sangre de Cristo para los Difuntos, el sacerdote, hiriéndose el pecho en señal de contrición, ofrécelo también por nosotros, pobres pecadores.

La Iglesia militante, en efecto, y la Iglesia purgante deben reunirse un día con la Iglesia triunfante en el reino de Jesucristo y de su Padre.

"Demos gracias a Dios Padre", dice San Pablo, "que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los Santos, iluminándonos con la luz que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de su Hijo muy amado por cuya sangre hemos sido nosotros rescatados y recibido la remisión de los pecados" (Col. I, 12-14).

Pedir a Dios infinitamente misericordioso y liberal (*de multitudine miserationum tuarum; sed veniae largitor*), se digne admitirnos a nosotros pecadores (*nobis peccatoribus*), que

no lo merecemos, (*non estimator meriti*) en la sociedad de los elegidos, (*intra quorun consortium*) gracias a los méritos de la sangre de Cristo (*per Christum Dominum nostrum*), es el fin del *Nobis quoque peccatoribus* cuya lista de los Santos invocados hace continuación a la del *Communicantes.*

> *Nobis quoque peccatoribus:* también a nosotros pecadores, siervos tuyos que esperamos en la abundancia de tus misericordias, dígnate darnos siquiera alguna partecita y vivir en compañía de tus santos Apóstoles y Mártires: Juan (el Precursor, nombrado el primero como la Virgen en la otra lista), Esteban (diácono), Matías (apóstol), Bernabé (discípulo), Ignacio (Obispo mártir), Alejandro (papa), Marcelino (presbítero), Pedro (exorcista), (es
>
> decir, 7 mártires).
>
> Felicitas y Perpetua (madres cristianas), Águeda (de Catania), Lucia (de Siracusa).
>
> Inés, Cecilia, Anastasia (vírgenes) — (es decir, 7 mártires) y de todos tus Santos: en cuya compañía te pedimos nos recibas, no como apreciados de méritos sino como perdonador que eres de nuestras culpas. Por Cristo, Señor nuestro.

La Misa, siendo un sacrificio por el cual Jesucristo ofrece nuevamente por el ministerio de sus sacerdotes y de un modo incruento el sacrificio cruento de la cruz, esta oblación sacramental o eucarística tiene toda la virtud propiciatoria del Calvario. Por eso declara el Concilio de Trento: “Si alguien dijere que el sacrificio de la Misa no es un sacrificio de propiciación, sea anatema”. Y el Catecismo Romano añade: “El Sacrificio de la Misa es un verdadero sacrificio de propiciación que aplaca a Dios y nos atrae sus favores. Si pues inmolamos y ofrecemos esta Victima Santísima con un corazón puro, con fe viva y dolor sincero de nuestros pecados, obtendremos infaliblemente la misericordia del Señor y el auxilio de su gracia en nuestras necesidades. El olor suavísimo que se exhala de este sacrificio es tan agradable a su Divina Majestad que nos concede los dones de la gracia y del arrepentimiento y nos perdona nuestros pecados” (C. 20).

La oblación de la Sangre de Cristo en el altar es el mejor medio para alcanzar gracias

de conversión para los pecadores aun los más empedernidos. "Aplacado por la ofrenda de este sacrificio", sigue el Concilio de Trento, "el Señor otorga la gracia y el don de la penitencia y perdona los pecados y los crímenes, aun los más horribles" (SS. XXII, C. 1).

En cuanto a las penas debidas por nuestros pecados, proporcionalmente a nuestras disposiciones actuales, son satisfechas ante la justicia de Dios por la ofrenda de las expiaciones de Jesucristo a las que se añaden las de los Santos, particularmente de los mencionados más arriba y que son por lo tanto también glorificados porque contribuyen a nuestra Salvación. "Nuestro Señor Jesucristo", dice el Catecismo Romano, "instituyó la Eucaristía a fin de que la Iglesia posea un sacrificio perpetuo capaz de expiar nuestros pecados y por el cual nuestro Padre celestial tan gravemente ofendido por nuestras iniquidades, trueque su justa cólera en misericordia y los justos rigores del castigo en clemencia" (C. 20).

38. PER QUEM — 39. PER IPSUM: CONCLUSIÓN DE LA ORACIÓN EUCARÍSTICA

La grande oración de acción de gracias empezada en el Prefacio termínase por una fórmula de glorificación o doxología parecida a las empleadas por San Pablo al fin de sus epístolas. Hablando de Dios que llama a todos los hombres a la salvación, judíos y paganos, dice el Apóstol: "A todos hace misericordia el Señor, porque todas las cosas son de Él y todas son por Él y todas existen en Él; a Él sea la gloria por siempre jamás. Amén".(Rom. XI, 31- 36) "Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores. Por tanto, al Rey de los siglos inmortales, invisible, al solo y único Dios sea toda la honra y la gloria por siempre jamás. Amén" (Tim. I, l5-17), "Demos gracias a Dios que nos ha dado victoria por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo" (I Cor. XV, 57). "Gracias a vosotros y paz de parte de Dios Padre, y de Jesucristo Nuestro Señor, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para sacarnos de la corrupción de este mundo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro, suya es la gloria por los siglos de los siglos. Amén". (Rom. XVI, 27). La Iglesia a su vez en el

altar, después de haber dirigido a Dios sus acciones de gracias por la obra de la Redención (Prefacio) y haberle ofrecido por el sacrificio eucarístico la misma gloria que Cristo le ofreciera en la Cena y en el Calvario (Consagración) y que continúa ofreciendo en el cielo (*Supplices*), termina el Canon diciendo:

> *Per quem*... Por el cual creas siempre, Señor, todos estos bienes, los santificas, los vivificas, los ben+dices y nos los repartes. *Per ipsum*... Por él + mismo, y con él + mismo, y en él + mismo, a ti, Dios Padre + todopoderoso, en unidad del Espíritu + Santo (te sea dada) toda honra y gloria, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Esta doxología es el coronamiento de la Acción de gracias o del Misterio eucarístico porque, ya sea por sus fórmulas, ya sea por sus gestos, se refiere a la Santa Comunión, que es el medio por excelencia de participar en el Santo Sacrificio, de recibir en abundancia las gracias de Jesús y de glorificar por Jesús a Dios de un modo incomparable.

El *Per quem* es, en efecto, la conclusión lógica del *Supplices* en el cual la Iglesia pedía a Dios acepte nuestras ofrendas en el Ciclo (*hæc perferri*) y colme en retorno de sus bendiciones a todos aquellos que participaren en el sacrificio por la Comunión.

El pan y el vino (*hæc omnia*) son bienes creados por Dios por medio de su Verbo y creados nuevamente en alguna manera por el cambio de su substancia en la del cuerpo y sangre del Verbo encarnado (*semper bona creas*). Estos dones son de este modo eminentemente santificados, vivificados, bendecidos (*sanctificas, vivificas et benedicis*): Dios los acepta favorablemente ya que nos los da en retorno en la Mesa Santa (*præstas nobis*) para que seamos también criaturas nuevas colmadas de santidad, de vida y de bendición. El *Per ipsum* a su vez era la fórmula de la fracción del pan que en este momento se hacía; y la pequeña elevación que acompaña esta doxología tenía por objeto presentar simultáneamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo a aquellos que comulgaren. El celebrante tocaba a este efecto los bordes del cáliz con el pan consagrado: de donde las tres cruces trazadas con la Hostia sobre la preciosa Sangre.

La fe y el amor con que los fieles miraban la Hostia viva (es decir, el Cuerpo y la Sangre que juntamente se elevaban para afirmar que en Jesucristo resucitado no están separados) y la Comunión que en seguida iban a recibir, incorporaban cada vez con más fuerza los miembros de la Iglesia a su Cabeza. Y así cada vez también daban por Él, con Él y en Él, honor y gloria a Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo.

Aquí, como al fin del Ofertorio para la oblación, haremos que verdaderamente sea nuestro este sacrificio de glorificación contestando todos: Amén.

3. COMUNIÓN EN EL SACRIFICIO: Del *Pater* al fin

40. LA ORACIÓN DOMINICAL: EL PATER NOSTER

En todas las liturgias de Oriente y Occidente el Pater se incluye en la Misa. En Roma rezábase después de la fracción del pan o aun después de la comunión. San Gregorio estimó que convenía, como en tiempo de los Apóstoles, acercarlo más al mismo acto de sacrificio (Ep. XII, 1,9); porque si la oración del Canon compuesta por la Iglesia dice "sobre el Cuerpo y Sangre del Redentor", con más razón la oración compuesta por el mismo Jesucristo.

San Gregorio colocó, pues, la oración dominical inmediatamente después de la oración eucarística, de manera que ella es el primer elemento de la preparación a la Comunión hacia la cual todo converge desde este momento como término del sacrificio.

La "Oración del Señor" colocada entre la Consagración y la Comunión tiene una finalidad muy importante: nos muestra cómo nuestra filiación divina depende de la efusión de la Sangre de Cristo, porque efectivamente se trata de la oración que todos los bautizados, es decir, todos aquellos que el Hijo único de Dios hizo miembros de su cuerpo místico —"porque nos ha redimido a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gal. IV, 5)— tienen el derecho y el deber de dirigir por Él, con Él y en Él a su Padre celestial.

En el Sermón de la montaña (Mat. VI, 9-13) y en otra circunstancia en que uno de los discípulos preguntó a Jesús: "Señor, enseñadnos a orar" (Lc. XI, 1-4), dijo el divino Maestro: "Así debéis orar". Y enseñóles el Pater. De donde la introducción siguiente:

> *Oremus*: *præceptis.* Oremos. Amonestados con preceptos saludables e informados por la enseñanza divina, nos atrevemos a decir:

En esta oración, todas las fórmulas están en plural y se dirigen a Dios considerado como Padre:

> *Pater noster*... Padre nuestro, que estás en los cielos.
>
> 1) Santificado sea tu nombre (así en la tierra como en el cielo).
>
> 2) venga a nos tu reino (así en la tierra como en el cielo).
>
> 3) Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.
>
> 4) El pan nuestro de cada día dánosle hoy (pan del cuerpo y pan del alma).
>
> 5) Perdónanos nuestras deudas así como perdonamos a nuestros deudores.
>
> 6) Y no nos dejes caer en la tentación (pecado).
>
> 7) Mas líbranos del mal (de las penas del pecado y del maligno espíritu). Amén.

Todo el pueblo participa en esta oración respondiendo al Sacerdote por la última petición; el sacerdote termina con el Amén evangélico (Mat., VI, 13) (Eph. II, 19), es decir, la oración que todos aquellos que ha adoptado Dios como hijos en Jesucristo, dirigen juntos al Padre común y en vista de intereses comunes.

Estos intereses en primer lugar, conciernen a Dios (santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad) y luego a los hombres (danos, perdónanos, no nos dejes caer, líbranos). Además estas cuatro últimas peticiones se refieren a las tres primeras, porque indican los cuatro medios (gracias y eucaristía, perdón de los pecados, liberación de las penas del pecado) de hacer en la tierra lo que los Ángeles y los Santos en el cielo; a saber: glorificar o santificar el nombre de Dios como Padre, asegurando el reino universal de su Hijo por la aceptación total de las efusiones del Espíritu de amor que somete filialmente nuestras humanas voluntades a la voluntad de nuestro Padre celestial.

La Misa toda se resume en las siete peticiones de este programa y la Eucaristía como sacrificio y como Sacramento nos ayuda a realizarlas en su plenitud. Se notará entre Otras: la semejanza de las tres primeras peticiones con la doxología; el objeto de la cuarta petición que es particularmente el pan eucarístico que da el Padre a sus hijos en la Sagrada Mesa; la eficacia de la quinta petición para lograr el perdón de nuestras faltas veniales y prepararnos de este modo a la Comunión.

41. LIBERA NOS — 42. FRACCIÓN DEL PAN — 43. PAX DOMINI

El sacerdote parafrasea la séptima petición, el libera nos en la cual hace intervenir a los Santos (los 4 primeros del *Communicantes*) y en donde el voto de paz, inserto por San Gregorio en el *Hanc igitur* es expresado nuevamente.

> *Libera nos*... Te rogamos, Señor, nos libres de todos los males, pasados, presentes y venideros; y por la intercesión de la bienaventurada Virgen Madre de Dios, María, con tus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y Andrés, y todos los Santos, danos propicio la paz en nuestros días (hace la señal de la cruz con la patena): para que, ayudados con el auxilio de tu misericordia (basa la patena y coloca en ella la Hostia), vivamos siempre libres de pecado, y seguros de toda perturbación. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo e Hijo tuyo, que como Dios vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

"La Eucaristía es el antídoto que nos preserva de los pecados mortales y nos libra de las faltas diarias" (Concil. de Trento Ss. XIII, c. 2). Nos precave contra las consecuencias lamentables de los pecados pasados y nos protege contra los peligros que amenazan nuestro porvenir en la tierra y en la eternidad. Sin la Santa Misa, dicen los Santos, sería el fin del mundo. Diciendo la conclusión, el sacerdote parte el pan sobre el cáliz.

Esta Fracción del pan es la reproducción de lo que hizo Jesús en la Cena. "Tomando pan en sus Santas y venerables manos, lo rompió, *fregit*"; fracción que simboliza por una parte los padecimientos de Cristo en Su Pasión, como la del pan ácimo en el banquete pascual simbolizaba los dolores del pueblo elegido por Dios, en Egipto; y por otra parte, indica cómo el pueblo cristiano debe también participar en los sufrimientos del Salvador. Si Cristo rompió el pan, fue en efecto para distribuirlo. Y recibiendo una parte del único pan dividido, todos los Apóstoles se unieron con la Víctima contenida y a su Pasión así simbolizada. Esta concepción de la Comunión como medio de asociar íntimamente todos los miembros al sacrificio de su Cabeza, era la de los primeros cristianos; al respecto dicen los "Hechos de los Apóstoles": "Que perseveraban en la Comunión de la fracción del pan" (II, 42). "El pan que partimos", dice a su vez San Pablo, ¿no es la participación del cuerpo

del Señor? Porque todos participamos del mismo pan, bien que muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo" (I Cor. X, 16-17).

El sacerdote hace tres veces la señal de la Cruz con la partícula de la Hostia sobre el cálix diciendo:

> V. *Pax Domini*... La paz + del Señor sea siempre con vosotros.
> R. *Et cum*... Y con tu espíritu (es decir: penetre en tu alma).

Esta fórmula precedía a la Comunión y era una señal para el ósculo de paz que se daban los cristianos fraternalmente en el momento de recibir a Jesús y de unirse siempre más por Él en Dios; porque dice el Apóstol: "Dios nos ha reconciliado por Cristo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la Sangre que derramó en la cruz" (Col. I, 20).

El sacerdote luego deja caer la partícula de la Hostia en la preciosa Sangre. Antiguamente había dos mixtiones. La primera se hacía en este mismo instante de la Misa con una partícula de Hostia consagrada en otra misa, tal como se hace aún en el Viernes Santo. Para mostrar, en efecto, la unidad del sacrificio (pues todas las misas desde la última Cena perpetúan el mismo y único sacrificio del Calvario) y para afirmar la unidad de la Iglesia (pues todos los sacerdotes celebran en comunión con su Obispo y todos los Obispos en comunión con el Papa) se reservaba una parte de la Hostia para usarla en la misa del día siguiente (que se llamaba *Sancta:* cosas Santas) o para enviarle al Obispo que celebraba en lugar del Papa o a los sacerdotes que celebraban en los *tituli* o iglesias titulares; (se llamaba *Fermentum*: fermento de unidad y caridad). Estas *Sancta* o este *Fermentum*, puestos en el cáliz en el momento del *Pax Domini*, eran un símbolo expresivo de la continuidad del sacrificio y de la intercomunión en la Iglesia.

44. MIXTIÓN — 45. AGNUS DEI — 46. OBLACIÓN ANTES DEL ÓSCULO DE LA PAZ

La segunda mixtión hecha con la Hostia consagrada en la misma Misa tenía lugar después de la de las *Sancta* o del *Fermentum*, y cuando desapareció ésta, aquella ocupó materialmente su lugar guardando sin embargo su simbólica significación que se añade a la suya propia.

Esta Segunda y actualmente única mixtión se hace diciendo:

> *Hæc commixtio*... Esta mezcla y consagración del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, a nosotros, cuando la recibimos, sírvanos para la vida eterna. Amén.

Esta fórmula anuncia uno de los efectos que la Eucaristía producirá en las almas, porque la mixtión (*commixtio*) del pan y del vino consagrados (*consecratio*) es una acción preparatoria a la Comunión. Materialmente era necesario a veces mojar las hostias en el vino para que los fieles pudieran consumirlas más fácilmente. Simbólicamente esta unión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo designa el misterio de la Resurrección y sus efectos vivificantes "*in vitam æternam*". La Resurreción cuyo memorial es la Santa Misa (*Unde et memores*) es así glorificada. Y efectivamente es la humanidad de Jesucristo resucitado la que está presente en la Santa Hostia, la misma que gloriosa reina en los cielos, y es una prenda de resurrección para aquellos que la reciben en la Comunión.

Cuando la asamblea era numerosa, la "Fracción del pan y el Ósculo de paz" duraban bastante tiempo, durante el cual se cantaba el Agnus Dei. De donde la triple invocación con las palabras del Precursor señalando a Jesucristo:

> *Agnus Dei*... Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.
>
> Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.
>
> Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, danos la paz.
>
> *En la misa de Difuntos:*

> Dales el descanso y la tercera vez: el descanso eterno.

Esto nos transporta otra vez a la Cena en donde Jesús se sustituyó al cordero figurativo. Este cordero era inmolado en el Templo y comido por los israelitas en sus domicilios. Después de inmolado el verdadero Cordero de Dios, la Iglesia lo presenta en alimento a las almas; porque el altar es a la vez la piedra del sacrificio de la Nueva Ley y la mesa del verdadero Banquete pascual.

Víctima cargada con los pecados de todos los hombres, Jesús quiso padecer para cada uno en particular los sufrimientos expiatorios que explican la inmensidad de sus dolores en la Pasión. Por su heroica y definitiva victoria sobre el demonio, que perdió todos sus derechos sobre nosotros, Jesucristo aseguró la gloria de su Padre procurando a los hombres de buena voluntad (Cf. *Gloria*) la paz consigo mismo (pasiones vencidas), con el prójimo (unión en la caridad fraterna) y con Dios (reconciliación del Padre con sus hijos). Por eso, a partir de este instante, hasta la Post-Comunión, la Iglesia se dirige directamente al divino Salvador y suplícale nos dé la paz que nos ha merecido (*dona nobis pacem*).

Es la sexta vez que expresa el mismo deseo y la misma petición. En una "*Oratio ad pacem*", como se halla en la liturgia mozárabe, recuerda todavía la Iglesia, con las palabras de Cristo en el Cenáculo, la acción pacificadora de la Eucaristía.

> *Domine Iesu*... Señor mío Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: "La paz os dejo, mi paz os doy" (Io. XIV, 27) no mires a mis pecados, sino a la fe de tu Iglesia: y dígnate pacificarla y aunarla según tu voluntad. Tú que como Dios, vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

En este instante, en las misas solemnes el celebrante besa el altar cerca de la Santa Hostia y dice, en el nombre de Jesucristo: "*Pax tecum*" dando el "ósculo de paz" al diácono que lo transmite al coro repitiendo las mismas palabras: "La paz sea con vosotros".

Este ósculo es signo exterior de la caridad divina que une a las almas entre sí, como ya se advertía en la 5ª petición del Pater y que es a la vez el efecto de la Eucaristía como

Sacramento: "Id antes a reconciliaros con vuestro hermano y después vendréis a presentar vuestra ofrenda", nos dijo el Maestro (Mt. V. 23).

47. ORACIONES ANTES DE LA COMUNIÓN

48. DOMINE NON SUM DIGNUS — 49. COMUNIÓN

Antes de comulgar el sacerdote se dirige nuevamente a Jesucristo en dos oraciones:

La primera recuerda las siguientes palabras de San Pedro a Jesucristo: "Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo" (Mt. XVI, 16) y el siguiente texto de San Pablo: "La sangre de Jesucristo que ofreció Él mismo por el Espíritu Santo purificará nuestra conciencia de las obras muertas (pecados) para que sirvamos al Dios vivo". (Heb. IX, 14).

> *Domine Jesu Christe*. Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, con tu muerte diste vida al mundo: por este tu sacrosanto Cuerpo y Sangre líbrame de todos mis pecados y de todos los demás males; y haz que esté siempre adherido a tus mandamientos, y no permitas que me separe nunca de ti, que como Dios vives y reinas con el mismo Dios Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

La segunda Oración hace alusión a la carta de San Pablo a los Corintios: "Aquel que come este pan y bebe este vino indignamente, come y bebe su condenación, no haciendo discernimiento del Cuerpo del Señor" (I Cor. XI, 27-30). Varios de entre ellos, en efecto, se habían enfermado y aun habían muerto por haber "comido la Cena del Señor", profanándola por su orgullo, su sensualidad y su desprecio para con el prójimo.

> *Perceptio...* Señor mío Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo, que yo, aunque indigno, me atrevo a recibir, no me sea motivo de juicio y de condenación: sino que por tu piedad me aproveche para defensa del alma y del cuerpo, y para recibir la curación (Cf. Concilio de Trento): Tú, que como Dios vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de

> los siglos. Amén.

Tomando la Hostia, el sacerdote se inspira en el versículo 13 del salmo 115 y dice: "Tomaré el Pan del cielo e invocaré el nombre del Señor". Luego dice tres veces hiriéndose el pecho, las palabras del Centurión cuya humildad y cuya fe Jesucristo admiró y recompensó:

> *Domine non sum dignus*... Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa; pero di una sola palabra y mi alma será sana.

"Cuando coméis el Cuerpo del Señor", dice Orígenes, "entonces entra el Señor bajo todo techo. Debéis pues, vosotros también, humillaros imitando al Centurión y decir: Señor, yo no soy digno..." (Hom. V en Div. loca Evang.) Y San Juan Crisóstomo: "Digamos a nuestro Redentor: Señor, yo no soy digno de que Vos entréis en la casa de mi alma, pero sin embargo, porque Vos deseáis venir con nosotros, animados por vuestra misericordia, nos acercamos a Vos" (Hom. de Santo Tomás Apóstol).

Para comulgar con la Hostia, hace el sacerdote con ella la señal de la cruz y dice: "El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén." Purifica la patena, diciendo los versículos 12 y 13 del salmo 115 y el 4 del salmo 17:

> *Quid retribuam*... ¿Con qué corresponderé yo al Señor por todos los beneficios que de Él he recibido? Voy a tomar el cáliz de la salud e invocaré el nombre del Señor. Con alabanzas invocaré al Señor, quedaré libre de mis enemigos.

Para comulgar con la Preciosa Sangre, traza con el cáliz una cruz y dice: "La Sangre de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén". Inmediatamente después, si hay comunión de los fieles, el sacerdote abre el sagrario y muestra la Hostia repitiendo las palabras del Precursor. *Ecce Agnus Dei*. .. He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo. Los fieles se golpean el pecho tres veces diciendo con la fe y la humildad del Centurión: *Domine, non sum dignus*. Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra y mi alma será sana (*dic verbo*, es decir, por tu palabra).

49. COMUNIÓN (CONTINUACIÓN). — 50. ABLUCIONES

Cuando el sacerdote da la Santa Hostia a cada comulgante, dice: "El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna".

La Cena fue el preludio "de la cena de las bodas del Cordero" de las que habla San Juan (Apoc. XIX, 9). Después de comer el cordero pascual, los Apóstoles comieron en efecto, el verdadero Cordero de Dios, porque Jesucristo se ofreció como Víctima a su Padre cuando consagró el pan y el vino que les ofreció diciendo: "Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed de este cáliz, pues ésta es mi Sangre, la Sangre de la nueva Alianza" (Mt. XVI, 16-17). Por la solicitud de los sucesores de los Apóstoles, esta mesa del banquete de la reconciliación de los hombres con Dios en todas partes está preparada: el Papa, 34.000 Obispos, 350.000 sacerdotes celebran cada día en el mundo entero, desde la salida del sol, sucesivamente en Asia y Oceanía, en Europa y en África y en las dos Américas. Todos los fieles que así lo deseen pueden también cada día sentarse a la sagrada Mesa. Con la participación por la comunión en la Víctima, ofrecida siempre en honor de la Divinidad y para que la Divinidad los escuche siempre favorablemente, obtienen la gracia de una incorporación siempre más íntima en los vínculos del Espíritu Santo con el Verbo Encarnado que glorifica infinitamente al Padre y en quien el Padre pone todas sus complacencias.

"El que ofrece un sacrificio", dice Santo Tomás, "debe participar en él porque el sacrificio externo ofrecido es el signo del sacrificio interno por el cual uno mismo se ofrece a Dios. Participando en el Cuerpo y en la Sangre de la Víctima por la Comunión, el sacerdote muestra que el sacrificio es para él un sacrificio interno" (III Q, LXXXIII, a. 4).

Jesucristo nos da su Cuerpo y su Sangre bajo las apariencias de pan y de vino, los cuales son alimento y bebida, para significar una asimilación vital a su Pasión y a todos los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos que de ella dependen. Los miembros del cuerpo místico, siempre más unidos a la Cabeza por la recepción de su cuerpo eucarístico, se

asocian a los actos de su vida terrestre y celestial.

Comulgar es por consiguiente nacer todos, unidos con Jesús, a una vida nueva; pender todos, unidos con Jesús, en la Cruz; participar todos, unidos con Jesús, en su victoria sobre el demonio, el mundo y el pecado; vivir todos, unidos con Jesús, como resucitados cuya "conversación está en los cielos" (Phil. III, 20). Esta desincorporación del viejo Adán y esta incorporación al nuevo Adán es el fruto especialísimo de la Misa porque con el Calvario se identifica y porque la Iglesia hace descender al altar y a nuestros corazones "el Pan de vida", es decir, el divino Resucitado con todas las exigencias mortificantes y vivificantes de sus misterios.

La Comunión, que es el término de una Misa, realiza, pues, en su plenitud el deseo que manifestó Jesucristo en la institución de la Eucaristía:

> "*In nobis unum sint*... como tú ¡oh Padre! estás en Mí y yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros" (Io. XVII, 21).

En este momento especialmente realizamos la vida divina, reconociendo y amando con Jesús a Dios como Padre; y siendo, con Jesús, reconocidos y amados por el Padre como hijos muy amados: "Padre", dijo Jesucristo terminando el discurso después de la Cena, "yo por mi parte, les he dado, y daré a conocer tu nombre: para que el amor con que me amaste, en ellos esté, y yo en ellos". (Io. XVII, 26).

El sacerdote purifica entonces el cáliz con vino. Hagamos nuestra oración:

> *Quod ore*... Lo que hemos recibido, Señor, con la boca, lo recibamos con alma pura; y de este don temporal salga para nosotros el remedio sempiterno.

Purifícase los dedos con vino y agua diciendo:

> *Corpus tuum*... Tu Cuerpo, Señor, que he recibido, y tu Sangre que he bebido, se unan a mi corazón (es decir, a todas las facultades de mi alma), y haz que no quede mancha de maldad en mí, a quien han alimentado estos puros y santos sacramentos: oh Señor, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

51. ANTÍFONA COMUNIÓN — 52. POSTCOMUNIÓN

53. ITE MISSA EST — 54. PLACEAT — 55. BENDICIÓN

Después de la Comunión, que es un versículo de un Salmo cantado antaño durante la distribución de la Eucaristía, el sacerdote saluda a la asamblea con el *Dominus vobiscum* que tiene su pleno significado en el momento de la Comunión, y dice la Post-comunión.

Los Ángeles y los Santos en el cielo, dice San Juan, no dejan un solo instante de rendir honor y acción de gracias al Dios todopoderoso que está sentado en el trono y al Cordero que ha rescatado a todos los hombres por su Sangre (Apoc. IV y V). Y en todas las misas, en el mundo entero, los fieles hacen eco al canto de los habitantes del cielo proclamando a Dios por el *Sanctus* y a Cristo por el *Benedictus*.

Este himno de gloria se intensifica en el momento de la Consagración, que es el corazón, el centro de la acción eucarística o de acción de gracias. "Cuando veis", dice San Juan Crisóstomo, "al Señor inmolarse en el altar y al sacerdote, como sacrificador ofrecerle a Dios Padre, ¿no estáis acaso transportados en el cielo, al pie del trono de Dios donde el Cordero inmolado recibe los homenajes de los Ángeles y Santos?" (De sac. 1, III c. 4).

En la Comunión, todo este culto de acción de gracias nos es propio más que nunca, porque el Cordero divino baja al altar de nuestro corazón y nos inserta siempre más vitalmente en Él. De manera que nuestra acción de gracias se funde con la suya y se convierte en infinitamente glorificante para Dios. Tal es el sentido de la Postcomunión en la cual nos dirigimos a Dios "por Jesucristo Nuestro Señor" que verdaderamente está presente en nosotros. "Cristo", dice San Agustín, "ruega por nosotros como Cabeza nuestra; Cristo es rogado por nosotros como Dios nuestro". No solamente damos gracias al Cordero de Dios por habernos salvado y porque continúa nuestra salvación en la Eucaristía, sino que por Él, en Él y con Él, unidos todos —ya que nos une a todos con El por los lazos de su caridad

divina— proclamamos que Aquel a quien todo lo debemos y que es "el Señor todopoderoso, es digno de recibir la gloria, el honor y el poder, porque es por su voluntad, que todas las cosas existen y que han sido creadas" (Apoc. IV, ll). Esta acción de gracias incluye la oblación de nosotros mismos y de toda nuestra vida en unión con la ofrenda que Cristo hace de Sí mismo y de todo su cuerno místico en los cielos ante el trono de su Padre de quien todo procede y a quien todo debe volver. "Y cuando ya todas las cosas estuvieren sujetas a Él, entonces el Hijo mismo quedará sujeto al que se las sujetó todas, a fin de que en todas las cosas, todo sea de Dios" (I Cor. XV, 28). Cada Misa y cada Comunión preludia y coopera poderosamente a la dependencia de nuestras almas, que es la gloria de Cristo y de Dios, y que asegura nuestra felicidad.

Un Amén unánime debería concluir la Postcomunión, que es como la Colecta una oración colectiva rezada por el sacerdote en alta voz y en nombre de todos.

Después dice nuevamente *Dominus vobiscum* y despide a la asamblea con el *Ite missa est*: "Podéis retiraros"; es la *missa*, decíase, de donde vino la palabra Misa. En la Misa de Difuntos se dice: *Requiescant in pace*: Que descansen en paz.

La oración que sigue llamábase antes: Oración después de la Misa, porque la decía el celebrante privadamente como también el último Evangelio. De ahí el empleo de la fórmula "el homenaje de mi servicio" que es propio del sacerdote (como en el *Hanc igitur* y el *Unde et memores*), porque a él le incumbe ofrecer el santo Sacrificio, tanto para él (*mihi)* como para el pueblo (*omnibus*).

El sacerdote besa el altar y da la Bendición final en nombre de Dios en tres Personas a quien ha glorificado el sacrificio y nos lo ha hecho propicio (*propitiabile*).

> *Placeat tibi, Sancta Trinitas*... Séate agradable, oh Trinidad Santa, el obsequio de mi Servicio: y concede que el sacrificio que yo, indigno, he ofrecido a los ojos de tu Majestad, sea digno de que Tú lo aceptes, para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido, sea por tu misericordia, propiciatorio. Por Cristo,

> Señor nuestro. Amén.
>
> *Benedicat vos*... Bendigaos Dios Todopoderoso: Padre e Hijo y Espíritu Santo. Amén.

56. ÚLTIMO EVANGELIO DE SAN JUAN

La Comunión, al hacernos participar plenamente en el Sacrificio de la Misa, que es la continuación del sacrificio de la cruz, nos reporta en su plenitud los frutos de la Redención. Además nos libra de todo obstáculo en nuestro camino hacia Dios y nos pone en un perfecto estado de dependencia respecto de Aquel a quien glorificamos como primer Principio de todas las cosas y al que buscamos como último Fin, porque para nuestra alma es la única fuente de la Vida divina; para nuestra inteligencia es la única Verdad o verdadera Luz; y para nuestra voluntad el único Bien Supremo.

El fruto por excelencia de la Redención es Jesucristo mismo, porque la gracia divina que anima nuestra alma, la fe que ilumina nuestra inteligencia y la caridad y la esperanza que mueven nuestra voluntad, nos incorporan al Hijo de Dios, haciéndonos entrar por Él, con Él y en Él en el seno del Padre. "La vida eterna que estaba en el Padre y que vimos y oímos, es lo que os anunciamos", dice San Juan, "para que tengáis también vosotros unión con nosotros; y nuestra unión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (I Io., I, 3).

Cristianos del mundo entero, si nos encaminamos hacia Dios es porque somos injertados en la humanidad del Verbo encarnado; luego toda la obra de la redención que se concentra en el sacrificio de la Cena y del Calvario perpetuado en los altares y cuya ofrenda consuma gloriosamente en el cielo el Sumo Sacerdote tiende a hacernos glorificar a Dios como Padre, unidos sobrenaturalmente en los lazos del Espíritu de amor a su Hijo Predilecto.

Y precisamente, en la Comunión, parte integrante del Santo Sacrificio, es el Hijo de Dios quien desciende a nosotros. Por eso la Iglesia nos hace leer en este momento la página

del Evangelio en la cual San Juan nos prueba que Aquel que de toda eternidad nace del Padre, se hizo carne y que si lo recibimos con fe y amor, participamos en su filiación divina y “nacemos de Dios” — *ex Deo nati sunt*.

ES por el Verbo por quien todas las cosas han sido hechas, porque Él es el pensamiento por el cual el Padre las concibe todas; por el Verbo encarnado todas las cosas han sido renovadas. Del Hijo de Dios lleno de gracia y de verdad, emana especialmente por la Comunión en los miembros de su cuerpo místico, un flujo de gracia santificante, de luz deífica y de caridad sobrenatural.

Su precursor San Juan Bautista es quien nos conduce a Él porque son sus palabras las que emplea la Iglesia para decir que el Cordero de Dios está presente en la Eucaristía.

> *In principio erat Verbum*...
> En el principio existía el Verbo,
> Y el Verbo estaba en Dios,
> Y el Verbo era Dios.
> El estaba en el principio en Dios.
> (Relaciones del verbo con la Humanidad)
> Por Él fueron hechas todas las cosas,
> Y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas.
> En Él estaba la vida.
> Y la vida era la luz de los hombres;
> Y esta luz resplandece en medio de la tinieblas,
> Mas las tinieblas no la han recibido.
> (Los hombres pecadores rechazaron la verdad)
> Hubo un hombre enviado de Dios.
> Que se llamaba Juan.
> Este vino como testigo

> Para dar testimonio de la Luz
> A fin de que por él todos creyesen.
> No era él la luz,
> Sino que él debía dar testimonio de la luz.
> El Verbo era la luz verdadera
> que alumbra a todo el hombre que viene a este mundo.
> En el mundo estaba.
> Y el mundo fue hecho por Él,
> Mas el mundo no lo conoció.
> Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron (el pueblo judío)
> Pero a todos los que lo recibieron
> Que son los que creen en su nombre,
> Dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios;
> Los cuales nacen no de la sangre,
> Ni de concupiscencia de la carne, ni de concupiscencia del hombre
> Sino de Dios.
> Y EL VERBO SE HIZO CARNE,
> Y habitó entre nosotros:
> Y nosotros hemos visto Su gloria,
> Gloria como de Unigénito del Padre,
> Lleno de gracia y de verdad.
> *Deo gratias*.

57. ORACIONES DESPUÉS DE LA MISA — SALIDA

Después del Último Evangelio el celebrante se arrodilla en la última grada del altar y reza tres *Ave Maria*, la *Salve Regina*, dos oraciones y tres invocaciones al Sagrado Corazón.

Estas oraciones sólo se rezan en las misas privadas, *in missis privatis*, y pueden ser

omitidas cuando revisten cierta solemnidad, p. ej. en las misas con sermón, en las misas de Primera Comunión, de matrimonio, de entierro, en las misas seguidas con la Bendición del Santísimo Sacramento y en las misas dialogadas de los domingos y días festivos (Decreto 20 de junio de 1913 y del 3 de marzo de 1960).

El origen de estas operaciones remonta a los tiempos de los Papas Pío IX y León XIII. El primero ordenó el rezo de un Padre nuestro y un Ave María después de la misa para obtener la cesación del triste estado de cosas creado por la ocupación de Roma.

El segundo prescribió las actuales oraciones (a la Virgen en 1884, a San Miguel en 1886) a fin de que, gracias a la intervención de la Madre de Jesús "que con su pie virginal aplastó a la serpiente" (Gen, III, 15) y del Príncipe de la milicia celestial "que expulsó del cielo al dragón y a sus secuaces" (Apoc. XII, B) fuese quebrantada la persecución satánica dirigida contra la Iglesia con un redoblamiento de furor y de astucia. En 1904 Pío X autorizó las invocaciones al Sagrado Corazón de Jesús.

Cuando los Sin Dios de Rusia empezaron con más orgullo y violencia su campaña de aniquilamiento contra los sacerdotes y la religión, Pío XI pidió que se hicieran estas oraciones para contener el mal que el demonio intenta por su intermedio: "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta, dice el Señor" (Ezec. XXXIII, ll) y la oración suplica a Dios por los méritos de Jesucristo (*per eumdem Christum Dominum*) y "por la intercesión de la gloriosa e inmaculada Virgen María, Madre de Dios, de San José, su castísimo Esposo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los Santos, escuche en su bondad y misericordia las oraciones que hacemos por la conversión de los pecadores y por la libertad y exaltación de nuestra Santa Madre la Iglesia, *pro libertate et exaltatione sanctæ Matris Ecclesiæ*".

Las oraciones al pie del altar no hacen parte de la Liturgia del Santo Sacrificio. Esto explica por qué, contrariamente a lo practicado durante la Misa, el sacerdote acude

directamente a la Santísima Virgen y a San Miguel y se arrodilla para rezar la *Salve Regina*, aun durante el tiempo pascual, y para rezar una oración. Por consiguiente, hay que considerarlas como una indicación de las intenciones especiales que la Iglesia, en nuestra época de lucha abierta contra Dios, desea que formulemos durante nuestra acción de gracias particularmente; y también como un medio de afirmar el poder especialísimo que "por la virtud divina", tienen contra las potencias del mal la Virgen María y San Miguel.

Sin duda, Jesucristo es nuestro único Mediador y Abogado ante Dios; pero todos los miembros del cuerpo místico se asocian a la acción de su Jefe y muy particularmente los miembros de elección como la Madre de misericordia, nuestra abogada, *Mater misericorcliae, Advocata nostra* y el Arcángel quien, según San Judas (Epist. 9), triunfó del demonio con la sola amenaza: "Reprímalo Dios: *imperet illi Deus*".

Trium puerorum. El sacerdote unido con el Pontífice de toda la creación, reza al retirarse el cántico de los tres jóvenes que da a su acción de gracias su verdadera extensión. Los tres Hebreos protegidos por el Ángel, pasaron impunemente por entre las llamas y convidaron a todas las criaturas a tributar con ellos alabanzas al Señor. Las pinturas de las Catacumbas representan con frecuencia esta escena en las cámaras en donde se celebraban los Santos Misterios. La alegría triunfante de los tres jóvenes designa la de todos los cristianos, cuya vida cotidiana íntimamente ligada a la Misa por la Comunión es un perpetuo e indefectible testimonio tributado a Dios en unión con el Magno Testigo o Mártir de la Cruz.



+ SANCTA + MARIA + SPES + NOSTRA +

+ SEDES + SAPIENTIÆ + ORA + PRO + NOBIS +